

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

SEXY-KILLER

Silver Kane



Una prostituta aparece asesinada en un hotel de Hoboken, NY, con evidentes síntomas de tortura. Otra prostituta aparece, de forma similar, en el muelle de Long Island, NY. Ambas prefirieron lanzarse al vacío antes de seguir siendo torturadas por una extraña máquina: un alambre de púas, una especie de diabólico gato de siete colas que da fortísimas descargas eléctricas.

El teniente Halloran se pone al mando de las investigaciones. Al principio utilizan a una mujer policía como señuelo. Rosalind, la mujer policía escogida, acaba siendo asesinada de la misma forma aunque una pista conduce al asesino. Willard es detenido pero, a los pocos días, sale de la cárcel tras ser declarado enfermo y agarrarse a todo tipo de resquicios legales.

Paralelamente a todo ello aparece un cuerpo sin gota de sangre en Ellis Island. Tras ser identificado, comprueban que se trata de Jeremy Olson, un sádico acusado de violar a dos niñas. Tucker, un especialista en casos raros, en vampirismo y asesinatos rituales, comienza a ir tras la pista de Willard... Tucker regenta una extrañísima empresa donde se venden ataúdes con más de cien años de antigüedad: «Garantizamos que todos han sido utilizados por cadáveres ilustres».



Silver Kane

Sexy-killer

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1403

ePub r1.0

Lds 05.11.18

Título original: *Sexy-killer*

Silver Kane, 1977

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

EL PRINCIPIO DEL HORROR

La mujer aulló:

—¡NOOOOO! ¡No me hagas eso! ¡No puedes hacerme eso a mí!
¡No! ¡Dios mío! ¡NOOOOOO!

Aquella cosa horrible se enroscó en su cuerpo. Las púas se clavaron, saltaron y volvieron a clavarse. Todo el cuerpo desnudo de la mujer vaciló. Un segundo después salía proyectado hacia la puerta como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡NOOOOOO!

La garganta pareció romperse a causa del aullido, pero en aquel edificio vacío, más allá de los muelles de Hoboken, nadie la oyó. Desesperadamente intentó llegar hasta la ventana, para saltar por ella.

No se acordó de que estaban en un sexto piso. Y aún, caso de recordarlo, poco le hubiera importado. Cualquier cosa era mejor que...

Otra vez aquella cosa horrible se enroscó en su cuerpo.

Pero ahora parecía subir por encima de los senos.

Buscaba su cuello.

El grito terrible llenó otra vez la habitación, los pasillos desiertos, los vestíbulos y las escaleras vacíos.

El infierno.

Otra vez el cuerpo chocó contra la pared, otra vez aquella cosa que la ahogaba se apretó contra su garganta. La mujer intentó desesperadamente arrancársela con las dos manos, pero las retiró llenas de sangre.

Chilló espasmódicamente.

Aquello no podía ser. No podía ser... ¡NO PODIA SER!

Los ojos se le salían de las órbitas.

No veía.

Sus pies no tocaban el suelo.

Ni ella misma se dio cuenta de que oía, aún, aquella risita diabólica. Ni ella misma se dio cuenta de que saltaba. Bruscamente, un ruido de cristales la hizo estremecer.

Había roto la ventana, pero no lo veía. De pronto, la ciudad entera pareció dar una vuelta fantasmal ante sus ojos, Hoboken, el río, los barcos, los rascacielos lejanos... Luego, el vacío.

El suelo que se acerca vertiginosamente.

Los coches de abajo que crecían..., crecían..., ¡CRECIAN!

¡BLAAAAAAM!

Ella misma no llegó a oír el ruido que señalaba la desintegración de su cuerpo. No se dio cuenta de nada, ni siquiera de que su cabeza había quedado casi separada del tronco.

Y mucho menos de que, en su trágica caída desde el sexto piso, el aire se había ido llenando de sangre...

* * *

—Credencial.

Siempre ocurría lo mismo.

Antes, entrar en la Morgue del hospital Bellevue era fácil, pero ahora las cosas se habían complicado mucho. Decían que había gente que robaba los cadáveres.

¿Robar un cadáver? Sí, hasta eso era posible en nuestro loco mundo de hoy. O por lo menos llevarse alguno de sus órganos para trasplante, para estudios, para... ¡el diablo sabía para qué! A veces un cadáver no se podía identificar porque alguien se había llevado sus dedos, cortándolos con una cuchilla, y las huellas necrodactilares no podían obtenerse nunca.

—Gracias, teniente. Puede guardar su credencial. Otra vez gracias.

«Algún día vendrá un necrófago aquí y se zampará a los muertos», pensó el teniente Hallaran, mientras avanzaba por el pasillo. «Antes éste era un sitio tranquilo y casi sagrado, que apenas

necesitaba vigilancia, pero ahora... ¡Infiernos, es que ni después de muerto le dejan a uno descansar!».

Mientras avanzaba arrugó la nariz porque captaba el confuso y desagradable olor de la podredumbre mortuoria. Olor a formol, a agua corrompida, a piezas anatómicas que empiezan a descomponerse, a hígados que han sido extraídos para los casos de envenenamiento y que en seguida despiden hedor. El Bellevue ya era viejo, y en determinadas secciones necesitaba una buena reforma. Además, entraban allí de vez en cuando cadáveres ya descompuestos y que corrompían el aire.

Halloran se detuvo ante la sección B, «Casos Especiales». El agente que estaba de guardia allí, no le pidió la credencial porque le conocía. Le saludó con un suave gesto.

—Puñetero día, ¿eh, teniente?

—Un día mierda, hermano; un día mierda.

No podía negarse que, al menos, los dos hablaban bien.

Halloran pasó.

E hizo una mueca.

No es que los cuerpos tendidos en las mesas de la Morgue resulten demasiado estimulantes, pero éste le quitaba el apetito a cualquiera. Cabeza casi separada del tronco, abdomen roto con salida de vísceras, piel que parecía haber sido arañada por un tigre y que estaba llena de costurones de sangre seca...

Y, sin embargo, la chica había sido joven, muy joven. Y bonita, muy bonita. Halloran sintió una contracción en la garganta al pensar que su hermana tenía más o menos aquella misma figura, aquel mismo color de pelo y aquella misma edad.

El forense vino dando saltitos.

—Felicidades, teniente. Me han dicho que le habían nombrado jefe de la brigada de Servicios Especiales. De modo que hoy «se estrena».

—Sí —dijo él, apretando los poderosos puños—. A mi antecesor, el capitán Harrington, le dio el patatús la semana pasada y ahora está en un hospital que si me muero que si no me muero, haciendo testamento en sus ratos libres. A ver, suelte el rollo.

El forense leyó la cartulina plastificada que tenía a un lado de la mesa.

—Diana Barrison —dijo—, veinte años, de raza blanca, natural

de Washington, sin características físicas especiales, con último domicilio conocido en el 22 de la Avenida Once. Profesión: prostituta.

Halloran preguntó con una cara sin expresión:

—¿Cómo es posible, si era menor?

—¿Y qué quiere que le diga, teniente? No se puede vigilar a todo el mundo.

—¿Dónde trabajaba?

—En pensiones del West Side, entre las avenidas Diez y la Doce, en una zona limitada, además, por las calles Treinta y dos y Veintiocho. Por lo menos eso es lo que han dicho los de la Brigada de Costumbres, al identificarla.

—Pero ella no murió allí, ¿verdad? Ha caído desde mucha altura y en esas calles las casas tienen, como máximo, tres pisos.

—No, teniente. Usted conoce la ciudad mejor que si la hubiera parido, ¡maldita sea su estampa! Ella cayó desde un sexto piso en la zona de Hoboken. Aquí tiene todos los datos de la casa, porque, por supuesto, ha sido localizada ya.

Halloran miró los informes rutinarios, pero esenciales. No podía negarse que los patrulleros que se hicieron cargo del fiambre habían trabajado bien. Incluso había una serie de fotografías de la casa, un sitio que Halloran, además, conocía.

Cochino sitio donde se alquilaban habitaciones a los borrachos que ya habían sido expulsados hasta del Bowery^[1].

Puerca encrucijada donde dos maricas podían alquilar un nidito para pasar su luna de miel.

Estercolero donde muchas inocentes que, además, eran idiotas, habían sido atropelladas.

Infecto cubo de basura donde hallaban refugio, por unos días, los que entraban ilegalmente en los Estados Unidos.

Halloran dijo solamente:

—Brent.

—¿Quién es Brent?

—El dueño del tugurio. Rece por él.

Y volvió a mirar a la chica. Sus ojos entornados eran como crueles agujas que atravesaran el cadáver.

Al cabo de unos instantes musitó:

—¿Qué son esa especie de zarpazos?

—No son zarpazos, teniente. A esta pobre muchacha la han estado torturando con algo que usted no puede ni imaginar. La golpearon con un alambre de púas muy flexible, una especie de diabólico gato de siete colas que, además, debía estar conectado a una pila y a una bobina de alta tensión, porque producía descargas eléctricas. Supongo que estaba tan aterrada que acabó lanzándose por la ventana. Ni se debió dar cuenta.

Halloran se mordió los labios.

Sus ojos eran dos siniestras bolitas de acero.

—¿El cliente había realizado, antes, con ella, el acto sexual? —musitó.

—Sí.

—No se perdió nada, el tío.

—No, teniente.

Halloran chascó dos dedos.

—Su madre —fue todo lo que dijo.

Sabía lo que tenía que hacer.

Lo primero era hacerle tragar a Brent los propios callos de sus pies.

Brent, si le trataban tan cariñosamente como él pensaba tratarle, cantaría hasta con música de Bach.

Halloran salió del Bellevue y subió a su pequeño «Ford Federal», que le permitía moverse con cierta facilidad por las sobrecargadas calles.

Condujo hasta Hoboken.

Un día gris y plomizo flotaba sobre Nueva York. La ciudad parecía asmática. Los muelles despedían un reflejo charolado y las basuras se amontonaban en los alrededores de la Décima Avenida. Junto al río, en la zona de Hoboken, había unos cuantos inmuebles abandonados que se caían de viejos y que únicamente habitaban los vagabundos y las bandas de delincuentes juveniles. En uno de ellos, una pandilla de chicas más que liberadas, le estaban dando tal paliza a un tío que por poco lo dejan inútil para ciertos menesteres.

El tío pedía auxilio a gritos aunque fuera al romano pontífice.

Halloran pasó de largo.

—No te preocupes —pensó—. Dentro de poco, con lo que adelantan las ciencias, te podrás comprar un sucedáneo de plástico.

Y fue al edificio donde había ocurrido todo.

Lo miró desde fuera.

Seis pisos.

Centenares de ratas.

Kilos de roña.

Y en la puerta un predicador con una bandera americana y un letrerito que decía: «SE ADMITEN LIMOSNAS».

Halloran entró.

El tío estaba haciendo las maletas.

Era Brent, el dueño.

Sólo al ver a Halloran gritó:

—¡Tu madreeeeeee...!

Brent aulló:

—¡Tu tíaaaaaaaaa...!

Del primer golpe en la entrepierna le hizo saltar sobre la roñosa cama en que tenía la maleta. La segunda cosa que hizo Halloran, que estaba muy caritativo aquella mañana, fue pillarle una mano con la tapa de la maleta, que tenía bordes de acero. La tercera cosa fue sentarse encima de aquella tapa.

Brent estaba echando, por la boca, una espuma roja.

Aullaba como un poseído.

Cuando a Halloran le pareció que la mano estaba a punto de desprenderse del brazo, levantó la tapa y dejó que Brent se liberase. Pero fue para sustituir la sesión de masaje con una sesión de guantazos que lo enviaron, con la cara deshecha, de pared en pared.

Luego le puso a Brent un cigarrillo en los labios.

—Y ahora hablemos como buenos amigos —invitó.

Brent escupió el cigarrillo. Éste había quedado rojo en unos segundos, sólo de estar entre los labios del dueño del tugurio. La voz pareció surgir de las profundidades del vientre, mientras decía:

—Te denunciaré a tus jefes, hijo de la gran perra...

—Puedes hacerlo, Brent, pero en ese caso yo voy a empezar a remover tanta basura que te vas a ahogar en ella. Más vale que hagamos un trato.

—¿Qué trato?

—Me contestas a dos preguntas y yo te dejo en paz.

—¿Qué..., qué preguntas?

—En primer lugar, la chica que salió despedida por la ventana debió chillar mucho mientras la golpeaba ese sádico. ¿Por qué no la

oyó nadie?

—El tipo alquiló todo el hotel por dos horas. Me dijo que no quería a nadie aquí, y como ese día yo sólo tenía a unos cuantos borrachos, los pude echar fuera. Pagó..., pagó muy bien.

—De modo que estaba solo...

—Sí.

—¿Y tú no imaginaste nada?

—No sabía que era un sádico, teniente. Se lo juro. Otras veces había estado aquí y siempre alquilaba todo el edificio. Me llama previamente para asegurarse de que no había a esa hora clientes de importancia, de forma que yo pudiera echarlos por un par de horas. Se traía a una chica, generalmente, muy joven, pero nunca hacía nada malo, o por lo menos nada anormal. Nunca aceptaba ir a las habitaciones que le proponían las chicas, sino que las traía aquí, a su ambiente.

Halloran chascó dos dedos.

—Segunda pregunta —dijo—, ¿quién era?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes, Brent, hermano de mi alma?

Y preparó los puños otra vez. Brent se restañó la sangre que le cubría la cara mientras farfullaba:

—No lo sé... No le estoy mintiendo, teniente... ¡Le juro que no lo sé...! Me enseñaba una tarjeta de identidad a nombre de Donald, pero era más falsa que Judas. Yo preferí no meterme en líos. Le aceptaba el dinero y en paz... Usted sabe cómo son los negocios en esta zona...

Halloran susurró dulcemente:

—Sí, ya sé cómo son los negocios en esta zona.

Y le propinó un terrible puntapié a la cara. Luego musitó:

—Y ahora, hermano, descríbelo. Dime cómo era.

Arrancó una hoja del libro registro y él mismo fue haciendo un retrato-robot basándose en los datos que le proporcionaba el dueño del tugurio. Como Halloran era un buen dibujante, no tuvo ninguna dificultad. El resultado fue un tipo de unos cuarenta años, de facciones anchas, ojos bovinos, orejas bastante salidas y cabeza entrecana, sin ninguna gracia especial. Era el clásico tipo que toda la vida ha tenido que pagar para ir con mujeres porque hasta a su santa madre le daba asco.

El teniente guardó la hoja de papel.

—Gracias —dijo.

Se llevó un cigarro de marca que estaba sobre el *comptoir*.

—Gracias —dijo.

Arrambló con un par de revistas «porno» que estaban tiradas por allí.

—Gracias —dijo.

Largó un último puntapié a las posaderas de Brent.

Y éste dijo lastimeramente, mientras chocaba con las patas de la cama:

—Gracias...

CAPÍTULO II

LOS TENTACULOS DEL MIEDO

La chica vio que aquella cosa horrible, larga y fina, venía hacia ella. Desesperadamente se tapó la cara con las dos manos mientras aullaba:

—¡Noooooooo!

La descarga eléctrica significó para ella una sorpresa tan brutal que todo su cuerpo se convulsionó y separó las manos de la cara, mientras miraba con asombro delante suyo. Entonces vio la cara congestionada del hombre, una cara sudorosa en la que se traslucía un diabólico placer.

El extraño objeto voló de nuevo.

¡CHASK!

La mujer se dio cuenta de que las púas destrozaban su piel.

Chilló enloquecida.

¡CHASK!

La terrible descarga eléctrica se repitió. Unas gotas de sangre tiñeron de color rojo el aire.

—¡Maldita zorra! ¡Toma, hija de Satanás! ¡Toma! ¡TOMA...!

Todo era como una pesadilla, como una alucinación, como un resquicio de la entrada del infierno. Mientras la mujer caía de rodillas, mientras se levantaba, mientras veía los ojos de buey roñosos y las escaleras de hierro medio podridas, recordó a aquel tipo que la había abordado en Times Square, cerca de la Calle 42, que le había ofrecido el doble de dinero por ir a su casa y luego la había amenazado con un revólver para que se dejase conducir en el coche a los muelles mugrientos de Long Island City, a un varadero

donde una serie de barcos podridos esperaban el desguace. Ella había pensado que aquel tipo era un maniático, que, al fin y al cabo, lo que pretendía era no pagarle, y que hasta tal vez le daría alguna bofetada, pero lo que nunca imaginó fue esto. No, esto no lo había imaginado nunca. ¡Nunca! ¡NUNCA...!

Intentó subir por las escaleras podridas del buque.

Necesitaba huir como fuera... Huir... *Huir...*

¡CHASK!

Otra vez el terrible dolor y la terrible descarga la hicieron vacilar, rodar sobre sí misma y hundirse en la bodega llena de alimañas, pero reaccionó a tiempo, con la fuerza sobrehumana que sólo puede dar la desesperación, y siguió ascendiendo hasta la cubierta. Una vez allí vio los muelles vacíos, vio los mástiles podridos, vio las sombras de la noche que ya lo llenaban todo.

—¡Socorro! ¡Socorro, Dios mío, SOCORROOOOOO!

Las púas la alcanzaron por detrás y se hundieron en su cuello, haciéndole dar una terrible vuelta sobre sí misma. Con los ojos desorbitados, la mujer vio sus manos llenas de sangre, vio las ratas corriendo en todas direcciones, vio el agua cargada de petróleo, vio los muelles vacíos que podían ser su salvación, su salvación... ¡Su salvación...!

El salto por encima de la borda fue perfecto, pero ella no había contado con que estaba demasiado débil, demasiado deshecha para sostenerse en aquel agua nauseabunda. Se hundió dos veces, tragó desesperadamente y el petróleo le llegó hasta las entrañas. Luego sus ojos se volvieron espantosamente blancos.

El corazón le fallaba.

No podía más.

Sus manos arañaron el aire...

Cuando su cuerpo se hundió junto a la quilla herrumbrosa del barco, ni siquiera se dio cuenta. Poco a poco una negrura absoluta, una suave quietud la envolvieron. Tocó fondo y volvió a subir, pero eso ella ya no lo supo. Ni Dudo oír tampoco que sobre su cabeza, en el barco, se prolongaba una carcajada satánica.

La sirena de un enorme trasatlántico, el *Eugenio C*, que en aquel momento salía de Nueva York con cerca de mil quinientos turistas felices, pareció anular todos los otros sonidos del mundo.

La voz del capitán sonó en el teléfono tan educadamente como siempre:

—¡Maldita sea su estampa, teniente Halloran!

Eran las dos de la mañana.

Estupenda hora para recordarle a un tío que tiene una facha asquerosa y que hay que ensuciarse en ella.

Halloran preguntó sin ofenderse:

—¿Por qué? ¿Ha muerto el fulano del hotel de Hoboken?

—No.

—¿He pegado fuego al edificio?

—Aún no.

—Otro día lo haré, capitán.

Y fue a colgar.

Pero el otro dijo, con una maldición:

—¡Vaya inmediatamente a la dársena de Long Island City, Halloran! ¡Vaya allí, cerdo, y púrguese con todos los orines que flotan en el agua! ¡Me parece que va a tener trabajo, si es que sabe hacerlo! ¡Los patrulleros le informarán! ¡Vaya, maldito...!

Y el capitán colgó.

No era un modo muy correcto de tratar a un oficial, pero Halloran estaba acostumbrado a esas muestras de afecto. La gente de su brigada le quería tanto, que más de una vez, para su cumpleaños, le habían regalado una caja de polvorones usados. El capitán, especialmente, se derretía por él. Cada día de Navidad, por la mañana, le dejaba sobre la mesa un catálogo completo de ataúdes para que eligiese uno de una maldita vez.

Halloran se levantó como un fantasma.

Se atizó una ducha fría.

Un *whisky* caliente.

Se puso un zapato de cada color.

Salió hecho un brazo de mar, sintiéndose feliz, dichoso, hermano de las mariposas y amigo de todo el mundo.

El tipo que estaba probando a forzar la cerradura de su coche, en la calle, fue directamente a la sala de urgencias después de la primera patada en la entrepierna.

Luego Halloran rodó hacia Long Island City.

Magnífico panorama, aquél.

El East Side.

El East River.

El East, tortazo que por poco se da con un autobús lleno de negros.

Halloran vio las luces de los patrulleros a la entrada de la dársena. Allí no había más que viejos barcos a punto para el desguace, y el olor a rata muerta se captaba desde varios centenares de yardas de distancia. Las pulgas y las garrapatas de los vagabundos que dormían por allí, infestaban el aire. Un bondadoso sargento los estaba poniendo a todos de cara a la pared y pretendía limpiarlos para siempre echándoles gasolina encima.

Halloran no se fijó en ellos.

Vio que sacaban a la chica de las aguas negras. Su cuerpo estaba también negro a causa de las manchas de petróleo que cruzaban el agua.

Y entonces comprendió por qué el capitán le había hecho ir allí. El capitán ya debía tener el informe de los patrulleros.

Pinchazos brutales en la piel de la chica.

Un cable que había estado a punto de segarle el cuello.

Expresión de horror.

Manos en la garganta.

Los mismos tormentos inhumanos que la chica del hotel de Hoboken.

Halloran preguntó, sencillamente:

—¿Cuándo?

El forense de turno en Long Island City había llegado ya pues, sin duda, los patrulleros le avisaron en el primer instante. Éste dijo con una mirada inexpresiva:

—No hace mucho. Al anochecer.

—¿Cree que ha recibido descargas eléctricas?

—Es extraño, pero yo diría que sí.

—¿Llevaba documentos?

—Sólo una tarjeta de identidad y un certificado de Sanidad, teniente. Era una prostituta.

Halloran cerró un momento los ojos.

Su cara era inexpresiva, era un témpano de hielo.

—¿Han llamado a los fotógrafos? —murmuró.

—Llegarán de un momento a otro.

—Pues que hagan su trabajo. A ver el barco.

Halloran subió a él.

Porquería por todas partes.

Ratas.

Moscas como puños que vivían allí como realquiladas con derecho a cocina.

El barco estaba tan podrido, que parecía mentira que se sostuviese a flote. Pero el que no se mantenía a flote era el borracho tumbado en cubierta y al que dos policías daban cariñosamente masaje con sus botas, acordándose, cada diez segundos, de lo bien que su madre debía ganarse la vida en las esquinas de Manhattan.

El tío estaba deshecho.

Vomitaba todo lo que había bebido, pero lo peor era que sus amigos del alma, los patrulleros, casi se lo hacían beber otra vez.

—Ha tenido que ser él —decía uno de los polis, mientras le sacudía la badana—. Tiene cara de sádico.

—¿Y cómo se la ves si ya se la has llenado de sangre? —masculló Halloran.

—Es verdad, no había pensado en eso. Bien mirado, a lo mejor tiene cara de santo. Pobre tipo...

Y le atizó otra vez.

La policía de Nueva York es muy amable. Sabe que, si no fuera así, los granujas de la ciudad se la comerían viva. Y la verdad es que la mayor parte de las veces se la comen, de tal modo, que la bofia ya no entra en según qué barrios. Pero cuando entra...

Halloran sujetó al borracho por el cogote y se lo llevó a rastras a un sitio más pacífico.

—Yo no he hecho nada... —sollozaba el pobre tipo—. Me he despertado al oír los gritos...

—¡Caro que sí, muchacho, claro que sí...! Pero, entonces, habrás visto al pajarraco que huía...

—Sí, lo he visto.

—¿Se largaba a pie?

—No en un coche pequeño. Yo juraría que era un viejo «Cónsul».

—Buen ojo. ¿Cómo era?

—¿El coche?

—No, hijo de zorra, hermano mío. Quiero saber cómo era el

hombre.

—Lo he visto sólo un momento, pero he podido darme cuenta de algunos detalles, teniente. Verá...

Y escupió lo que sabía.

Halloran le escuchaba atentamente. Se daba cuenta de que esta vez ni siquiera era necesario el retrato-robot. Todo concordaba.

El mismo tipo.

El mismo sádico.

El mismo hijo de la gran marrana.

—Gracias —dijo.

Y le dio, al tío, cinco dólares.

—¿Son para *whisky*? —preguntó éste con lágrimas de gratitud.

—No. Son para agua bendita.

—Nos volveremos a ver en el infierno, teniente. Allí lo pasaremos bomba.

—Tu madre.

—La suya.

—Gracias.

—De nada.

El buitre se largó.

Después de este recíproco cambio de amabilidades, Halloran se largó del barco antes de que lo que quedaba de éste fuese devorado por las ratas.

No volvió a su casa, donde no hubiera sabido qué hacer porque había perdido todo el sueño. En cambio, vio que en la brigada roncaban todos los responsables del turno de noche.

Se sentó ante la máquina y empezó a redactar un informe haciendo todo el ruido posible, pero nadie despertó. Y eso que dicen que tener la conciencia podrida no ayuda a conciliar el sueño.

* * *

El capitán puso delicadamente los pies sobre la mesa, se sacó delicadamente una suciedad de la nariz, escupió delicadamente y dijo, al fin con no menos delicadeza:

—He leído su pringoso informe, Halloran. ¿Y sabe lo que he hecho? Lo he archivado en el inodoro.

—Me parece bien —dijo Halloran—, porque es el único sitio

donde usted lee.

—Oiga, ¿usted en qué plan ha venido?

—He venido a informarle, capitán. Y más vale que vayamos al grano.

—Entonces suelte todo lo que sepa. El informe estaba algo confuso.

—Estaba algo confuso porque contenía bastantes datos, capitán, pero yo le diré, en resumen, lo que pienso. Hay un sádico que se dedica a asesinar a las chicas que hacen *le trottoir* por las avenidas de Nueva York, preferiblemente a las muy jóvenes. Una especie de loco nauseabundo que sólo se excita con la sangre, de la misma forma que sólo se excitaba con la sangre aquel viejo personaje de las calles de Londres que se hizo llamar Jack *el Destripador*. Y esa clase de locos no tienen ninguna posibilidad de curación, de modo que si no le atrapamos pronto, seguirá matando.

Empezó a dibujar de una forma maquinal un retrato-robot en un papel y añadió:

—Debe ser un tipo no mal vestido y que infunde una cierta confianza, porque las chicas que murieron habían accedido a ir a los sitios que el asesino les indicó, en vez de ir a los hoteles de poca monta donde solían recibir a los clientes. Debe tener, también, bastante dinero, o al menos debe exhibirlo, porque de lo contrario las mujeres no se hubieran sentido tentadas. Claro que ese dato del dinero no nos sirve demasiado, porque a ese pájaro le bastaría con tener quinientos dólares, por ejemplo, y enseñar siempre los mismos. Como luego no paga a las chicas a las que mata...

—¿Les roba, además, el dinero? —preguntó el capitán.

—No. Es puramente un sádico que busca la sangre y nada más que la sangre, o quizá sea un tipo lo bastante listo para saber que el robo con homicidio le podría significar la pena de muerte, aunque ahora la pena de muerte raramente se aplique. El caso es que no roba a las chicas, sino que las mata valiéndose de una extraña arma, un arma con la que, hasta ahora, no me había encontrado jamás. Es una especie de látigo de siete colas formado por alambres muy flexibles, pero esos alambres tienen púas, o sea que constituyen un arma de la peor especie. Al mismo tiempo, supongo que el mango de ese látigo, que debe ser bastante grande contiene una pila de cierta potencia y una bobina de alta tensión, o sea un mecanismo

parecido al que origina la electricidad en los coches. Las pilas transmiten la corriente, por lo que se trata de una máquina de torturar casi perfecta, inventada por un verdadero monstruo.

Terminó el retrato-robot y dijo a continuación, con voz opaca:

—Al no tener sitios más o menos protegidos adonde ir, las prostitutas callejeras caen en infinidad de trampas. Todos los sádicos, todos los perversos, todos los frustrados que, de otro modo, atacarían a las demás mujeres, se ceban en ellas. Y ya que siempre habrá tipos que paguen a las mujeres por acostarse con ellas y siempre habrá mujeres que acepten dinero por tumbarse en una cama, me pregunto si no sería mejor una reglamentación sensata que esa especie de «prostitución salvaje» que ahora se da en casi todos los países, y que no hace más que causar víctimas. Porque me temo que el problema no acabe con estas dos muertes, capitán, sino que Nueva York se va a convertir, durante los próximos días, en una selva.

—Eso depende de usted, Halloran.

—¿De mí...?

—Sí. Cace al asesino y volverá la tranquilidad. Veo que tiene, incluso, un retrato-robot. Haga que se distribuya por todas partes, por todas las pensiones equívocas, por todos los hoteles donde reciben a parejas y por todos los puestos de policía del área metropolitana. Verá qué pronto cae. Esos tipos tienen una desventaja para ellos, y es que siempre tropiezan dos veces en la misma piedra. Repetirá su golpe.

Halloran asintió con una lenta cabezada.

—Yo había pensado algo más, capitán —dijo.

—¿Qué?

—Distribuir a unas cuantas agentes nuestras, por las esquinas de la ciudad. Cada una de ellas llevaría en su reloj un pequeño emisor que pondría en funcionamiento a la menor señal de peligro, y que serviría para localizarla desde cualquier patrullero. En menos de dos minutos los agentes estarían allí.

El capitán hizo una mueca.

—No es mala idea —susurró—, pero tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que las chicas que pongamos en las esquinas acaben tomándole gusto a la cosa y se me hagan prostitutas de verdad. Sólo

nos faltaría eso.

—Pues no sería ninguna gran sorpresa, capitán —grumo Halloran, mientras se ponía en pie—. Algunas de ellas no sabe usted el entrenamiento que tienen.

Y salió de allí, dispuesto a hacer una selección para el título de «Miss Zorra 1977». Ganas no le faltaban.

Alguna cosa buena había de tener su cochina profesión, ¡qué caramba!

CAPÍTULO III

MORIR SIN SABER LA HORA

La «materia prima» estaba allí. No faltaba.

Chicas que aspiraban a hacer una gran carrera en la policía Metropolitana y que, de momento, no hacían más que carreras en sus medias, mientras se consumían en las oficinas de archivo o cuidando de llenar tazas en las máquinas del café. Agentes uniformadas que recogían niños perdidos en las calles del Bronx. Oficiales femeninos que se pasaban la vida haciendo poco más que de asistentes sociales, en la Maternidad o en la Beneficencia Federal. Chicas intrépidas que eran capaces de meterle a uno una bala en el ojo a cien yardas de distancia, pero que sólo manejaban el revólver para enseñar a disparar a sus compañeras más novatas.

En fin, como las calles de Hollywood, las oficinas de la Policía Metropolitana estaban llenas de chicas a la busca de una oportunidad.

Halloran tuvo que seleccionar a cuatro o cinco. Cuatro o cinco prostitutas en las calles y los clubs de Nueva York, eran como cuatro o cinco gotas en el mar, de modo que las probabilidades de que dieran con el sádico eran escasas, pero Halloran tampoco podía atreverse a más. Les hizo entregar el reloj-radio de los que la Metropolitana tenía un buen surtido, y luego les explicó cuáles iban a ser las características de su misión.

Todas lo entendieron.

Había que tener buenas piernas.

Buenos asideros.

Buena cara.

Naturalmente que también había en Nueva York prostitutas que no tenían ni buenas piernas, ni buen chasis, ni buena cara, e incluso podía decirse que ésas eran la mayoría, pero Halloran necesitaba muchachas que atrajesen a cualquiera al primer golpe de vista. Les enseñó la foto del tipo que tenían que encontrar y las echó a la calle.

Bueno, mejor dicho... Trató de echarlas.

Lo terrible para él fue que las cinco a la vez le dijeron que no sabían nada del «oficio» y que necesitaban unas cuantas lecciones. Por descontado que de ese asunto tuvo que encargarse él.

Debían ser las nueve de la noche cuando Halloran salió del despacho donde había estado reuniendo a ciertas «catedráticas» que instruyesen a las novatas acerca de lo que deberían hacer, llegada la ocasión.

Pero no salió como los otros días. Salió hecho cisco. No obstante había resuelto el problema.

Si no llega a ser porque hubiera tenido que pagarla de su bolsillo particular, el tío pide una camilla. Estaba derrengado.

* * *

Las luces se proyectaban macizas, como si estuvieran dotadas de peso, sobre el inmenso plano de Nueva York que ocupaba una pared entera. En aquel plano, señalados por medio de puntitos luminosos, estaban los puestos en que se habían situado las cinco mujeres-cebo pertenecientes a la Metropolitana, así como la situación de los coches patrulla más próximos. Una red telefónica completa cubría toda la amplia zona, desde los bares más sórdidos cercanos al río Harlem hasta los clubs bohemios de Greenwich Village. Hombres y mujeres dotados de una rápida capacidad de reacción, controlaban aquel plano para pasar a la acción a la más mínima señal de alarma.

Y la señal de alarma se produjo hacia la medianoche, en la confluencia de Broadway con la calle Treinta y Cuatro, uno de los puntos más frecuentados y también más conflictivos de la ingobernable Nueva York. Una de las chicas había movido el pulsador de su reloj que ponía la comunicación radiofónica en marcha.

—Ha pescado al tío —masculló Halloran—, o, por lo menos, a

uno que se le parece.

La señal luminosa que marcaba el trayecto seguido lúe variando con notable rapidez. Sin duda la chica se desplazaba en un automóvil.

Halloran contuvo la respiración.

La Calle 42.

La Biblioteca Pública.

Quinta Avenida.

Central Park.

La Calle 71.

Estaban ya en la parte alta de Manhattan, y por cierto en un sitio bastante distinguido. Halloran, que no se había atrevido a dar órdenes a los patrulleros para que siguieran al coche, por temor a que el maníaco lo notara, repartió, entonces, unas rápidas consignas para que todos acudieran a aquella zona. De una forma insensible, silenciosa, se formó en ella una especie de círculo de fuego.

En efecto, una de las chicas, una tal Rosalind, había dado con el tipo del retrato robot. Era un fulano alto, mantecoso, pero fuerte, que le había ofrecido trescientos dólares si se iba a su casa con él, cuando la tarifa normal en la calle, y a aquélla hora, era de unos cincuenta-sesenta.

La muchacha iba sentada en el coche, un «Chevrolet» alquilado, mientras lucía ostentosamente las piernas y hablaba sin cesar para distraer al pájaro, mientras comprobaba la buena marcha de su emisora de radio. Pero en la confluencia de la Calle 71 con Central Park tuvo mala suerte. A partir de allí, todo cesó.

El fulano, que iba nervioso, estuvo a punto de chocar con un autobús del servicio público y frenó bruscamente, dando un bandazo. Como el piso estaba mojado, por poco no se lleva por delante una farola.

Rosalind, que no estaba prevenida, salió despedida de su asiento, se llevó maquinalmente las manos a la cara y sus muñecas chocaron con el *tablier*. El resultado fue que una pulsera con su nombre se partió y el reloj quedó hecho pedazos.

El hombre dijo, amablemente:

—Lo siento, ha sido culpa mía. Pero no te preocupes porque te compraré otro.

Y giró bruscamente el volante.

Rosalind vio con horror que se alejaban de la zona de Central Park y 71, última en que debía haberse establecido comunicación. Ahora iban velozmente por la Calle Ochenta hacia el puente de Triboro, dejando a un lado las estribaciones de Harlem.

La muchacha estuvo a punto de saltar del automóvil, porque ella no llevaba armas y, de pronto, le había invadido un frío horror. Pero fue su sentido del deber lo que la mantuvo quieta allí, enseñando todavía las piernas, mientras pensaba que, al fin y al cabo, ya la localizarían.

Seguro que algún patrullero les estaba siguiendo.

Pero no lejos de allí, en la central de escucha de la Metropolitana, Halloran había lanzado una salvaje maldición. No comprendía lo que había ocurrido, pero el caso era que la comunicación estaba rota.

Dio un par de secas órdenes:

—Todos los patrulleros deben batir el terreno a partir de la zona de concentración. El coche presumiblemente sospechoso es un «Cónsul» antiguo, negro, donde viajan solamente un hombre y una mujer. Deténganlo sin miramientos.

Y a continuación:

—En caso de que el hombre haga resistencia..., ¡tiren a matar! ¡No le den el alto más que una sola vez! ¡Lo prefiero muerto!

En aquel momento Halloran ignoraba que estaba cometiendo un error porque el coche no era un «Cónsul», sino un «Chevrolet». Ignoraba, también, que el maníaco alquilaba uno distinto cada vez que pensaba «actuar», precisamente para que la pista del coche no sirviera a la policía.

Rosalind vio que se detenían en una casa abandonada cercana a Triboro. Sin duda el municipio iba a derribarla pronto para ensanchar la calle, y algunas ventanas y puertas estaban tapiadas, pero en uno de los pisos había luz. El monstruo había encontrado, allí, una guarida.

La muchacha sintió frío en la columna vertebral.

Pero sabía que se encontraba a un paso del éxito.

Tenía que seguir.

Las manos viscosas del hombre la acariciaron.

—¿Es aquí? —preguntó ella.

—Sí. El sitio parece inhóspito, pero te gustará. Por dentro está

muy cuidado. Ya lo verás.

Rosalind no hizo ningún comentario.

Seguía teniendo en la columna vertebral una sensación de hielo.

Por unas angostas escaleras que se derrumbaban, ascendieron hasta un cuarto piso. La sensación de soledad era espantosa. En una de las ciudades más pobladas del mundo hay, sin embargo, rincones así, lugares hostiles donde todo rastro se pierde, donde uno tiene la sensación de haber llegado al último confín del mundo.

La muchacha vio la habitación.

Era tan sórdida como en los viejos cuentos de horror.

Una cama.

Un armario.

Una lámpara de luz macilenta.

Una mesilla.

Un cuarto de baño tiñoso.

El tipo cerró a su espalda, mientras musitaba:

—Llevas liguero. Eso me gusta.

Ignoraba que aquello no era casualidad y que uno de los tirantes del liguero servía, precisamente, para ocultar una navaja plegable, pero Rosalind no lo ignoraba. Y decidió usarla en aquel momento. Detendría al individuo fuese como fuese, aunque se expusiera a cometer un error.

Fue a volverse.

Sus dedos habían asido ya la empuñadura de la navaja.

Pero entonces recibió el primer golpe.

No supo de dónde había surgido.

La corriente eléctrica le produjo un terrible calambre en todo el cuerpo, enviándola contra la pared. Oyó una carcajada satánica, mientras el monstruo cambiaba bruscamente de sitio.

Otro golpe.

Otro...

Rosalind corrió con todas sus fuerzas hacia la puerta, mientras chillaba desesperadamente.

Notó que empezaba a sangrar por todo el cuerpo. Uno de los golpes le había roto los tirantes del liguero, de modo que ahora ya no podía disponer de la navaja. Vio que la puerta estaba cerrada y se volvió bruscamente.

Con la garganta rota por el horror chilló angustiosamente lo

mismo que habían chillado las otras, sin saber que, a la hora de la muerte, nos parecemos todos los hombres y todas las mujeres del mundo:

—No, eso no... ¡Nooooo! ¡Noooooooo!

Un golpe le cruzó la cara.

Luego aquella cosa fina y cruel se enroscó en su cuello.

Rosalind se dio cuenta de que estaba siendo estrangulada.

Chilló otra vez con todas sus fuerzas.

Con toda su alma.

Pero los gritos se perdieron en las escaleras silentes, en las ventanas tapiadas, en los patios interiores vacíos.

Una risita sardónica se mezcló con sus gritos.

El monstruo tiraba del cable... Tiraba... ¡TIRABA!

Pronto Rosalind dejó de sentir.

Pronto todo se volvió espantosamente rojo para ella.

Su último pensamiento fue: «Dios sabe cuándo encontrarán mi cadáver en este espantoso lugar... Quizá ya lo habrán devorado las ratas... Y mientras tanto los patrulleros no llegan... *Na llegan...*».

La risita cesó poco a poco.

El monstruo se arrojó sobre ella.

Hasta en el último espasmo de la muerte, Rosalind tuvo tiempo de contraer su rostro en una mueca de asco.

CAPÍTULO IV

ESCUPE Y MATALO

El primer patrullero no la encontró hasta al cabo de seis horas, cuando ya sobre las orillas del Hudson se insinuaba un lívido y cochino amanecer. Como habían tenido que cribar Nueva York, cuadra por cuadra, desde la Calle 71, los coches de la policía llegaron a aquel lugar perdido ya demasiado tarde.

Halloran fue avisado en seguida.

Y él también subió aquellas lóbregas escaleras.

También vio las ventanas tapiadas.

También se sintió ahogado por su propio odio.

Tlac... Tlac... Tlac...

Las máquinas de los fotógrafos oficiales producían un seco chasquido, al funcionar. Rosalind estaba siendo captada desde todos los puntos imaginables. Antes de retirar el cadáver, un experto dibujaba con tiza el lugar del suelo que había ocupado aquel pobre cuerpo.

El sargento Russell, que había sido nombrado jefe de los patrulleros para aquella operación, susurró:

—Lo siento, señor. Ha sido culpa mía.

—No. Ha sido culpa mía —susurró maquinalmente Halloran—. Tuve que preverlo.

Se inclinó sobre el cadáver.

Pero aún le faltaba lo peor.

El forense del distrito dijo, quedamente:

—Ha sido profanada, Halloran.

—¿Qué quiere decir...?

—Ya estaba muerta cuando ese monstruo la... ya me comprende...

—¿Pero es que además...? ¿Además de eso la..., la...?

—Sí.

Halloran tuvo una náusea.

—Muchachos —dijo quedamente a los patrulleros que estaban allí, cuando hubo recobrado la serenidad—. En el estado de Nueva York no se aplica, por ahora, la pena de muerte.

—No —dijo uno de ellos.

—Cuando ese tipo sea atrapado, se le condenará a treinta años.

—Sí —dijo otro.

—Y puede salir en libertad, bajo palabra, a los siete.

—Claro que sí —masculló un tercero:

—¿Sabéis lo que eso significa, muchachos?

—Claro que lo sabemos, pero es usted quien tiene que dar la orden, teniente.

—En efecto... He de darla yo.

Apretó los labios y dijo sin mirar a nadie, pero en realidad mirando a cada uno de ellos:

—Cuando lo veas, escupe y mátalos.

Dio media vuelta. Oyó entonces una voz lejana.

—¿Y si va desarmado? —preguntó un policía novato.

—¡Eso no importa, idiota! Todos declararemos ante el juez que llevaba un arma.

Salió.

En los coches-patrulla había radio, y desde el primero de ellos envió un mensaje. Había una serie de cosas que eran posibles, y Halloran las analizó una a una con la rapidez de una computadora. La primera de todas era ésta: nadie había visto un «Cónsul» en toda la zona batida por los patrulleros, por lo cual era más que posible que el «Cónsul» no hubiese existido, esta vez. Eso significaba que el asesino tenía más de un coche o que alquilaba uno distinto, en cada ocasión.

Esto último era lo más probable.

Por lo tanto, DATO UNO.

El cadáver de Rosalind no llevaba el reloj-radio, lo que indicaba que quizá el sádico se lo había quitado, pero no era probable porque en los asaltos anteriores no había robado nada a sus

víctimas. En cambio Rosalind tenía una pequeña herida en la muñeca derecha; herida que no había sido causada por las púas.

¿Y si el reloj se le hubiese roto a causa de un pequeño accidente con el coche?

Por lo tanto, DATO DOS.

Halloran puso en guardia a todos los buscones de la policía que cribaban Nueva York de un lado para otro. Tenían que ir a la mañana siguiente, apenas abrieran los comercios, a husmear en todos los locales donde se alquilaban coches. Era muy probable que el asesino hubiera recogido los restos del reloj roto, pero también era muy posible que alguna piececita hubiese quedado sobre la alfombrilla. Doble contra sencillo a que sí.

Y resultó que sí.

Al menos Halloran empezaba ahora a tener suerte.

Uno de los buscones le telefoneó antes de las nueve y media. Tenía en sus manos el primer eslabón de la cadena.

—Se trata de un «Chevrolet», jefe. Lo alquilaron ayer y lo han devuelto antes del plazo contratado, debe hacer una media hora. He revisado las alfombrillas y en una de ellas hay dos piezas de reloj de pulsera. Mi compañero dice que coinciden con los datos que usted nos dio.

—¡Bendito seas...! —masculló Halloran—. Estoy tan contento que incluso soy capaz de reconocer que tu padre fue una persona honrada... Di que no toquen nada absolutamente, pero que no llamen la atención tampoco... En seguida voy para allá.

Fue.

Era cerca de Washington Square.

Bastantes *hippies* no se habían despertado todavía cuando Halloran cruzó la plaza en su «Ford Federal», saltándose dos luces rojas, y entró casi por la luna del escaparate en la casa de alquiler de coches. Un instante después tenía las piececillas entre los dedos.

En efecto, coincidía todo.

Al tipejo ya casi lo tenían.

—¿Lo alquiló éste? —preguntó al dueño, mostrándole el retrato-robot.

—Sí..., sí, señor. Al menos uno muy parecido.

—¿Qué dirección dio? A ver... Documentos.

La dirección correspondía a un apartamento situado cerca del

Yankee Stadium, en el Bronx. Podía ser una dirección falsa, pero la fotocopia del documento de identidad obtenida por la casa de seguros demostró un dato: la tarjeta era auténtica. Por lo tanto el pájaro vivía, o había vivido, allí.

Halloran apretó los puños con tanta fuerza que sus nudillos crujieron.

Ya lo tenía.

No se molestó en llamar al capitán-jefe de la brigada.

Aquel trabajo iba a hacerlo él solo. Tomó su coche, fue a casa de un armero que conocía y le pidió que cambiara sus balas de reglamento por balas ilegales de punta abierta en forma de cruz, porque esos proyectiles se deshacen como metralla al entrar en un cuerpo humano, y producen tantos destrozos como una bala explosiva. De ese modo, siempre podría decir que había disparado contra una parte no vital del cuerpo de aquel tipo, deseando solo herirle, pero había tenido la mala suerte de que la bala se fragmentase, haciéndolo papilla.

Buen carácter quizá Halloran no lo tendría, pero buen chico, lo que se dice buen chico, sí que lo era.

Cuando tuvo su arma cargada con ocho balas de aquella clase, corrió de nuevo en su coche al lugar indicado. Pero la radio que llevaba instalada en él empezó a funcionar.

—Teniente Halloran... Atención, teniente Halloran. Cambio.

Halloran lanzó una maldición.

—¿Qué pasa?

—El cadáver desnudo de un hombre, en el patio interior de un almacén de Ellis Island. Hace varias horas que ha muerto.

—¿Y a mí qué me importa el cadáver desnudo de un hombre?
¡Que lo zurzan!

—Pero es que en ése hay algo especial, teniente.

—¿Qué es eso tan especial?

—Varias cosas.

—A ver, escúpelas.

—La primera, que tiene entre los dedos hilos de una prenda femenina. Podrían haber pertenecido a una blusa.

—¿Y a mí qué?

—Eso prueba que podría haberlo matado una mujer.

—¡Bueno, pues que la busquen!

—Espere, no me ha dejado hablar. Oiga esto con atención: también ha sido salvajemente golpeado con un alambre de púas.

—¿Quééééé...?

—Lo ha oído a la perfección, Halloran. Tercera cosa.

—Su... suéltala.

—No hay en su cuerpo una gota de sangre.

—¿Se ha desangrado? ¿Tiene alguna arteria rota?

—No.

—Pues entonces, ¿qué narices le pasa? ¡Habla de una puñetera vez!

—El médico dice que la sangre se la han sorbido.

Halloran cerró, un momento, los ojos.

Estuvo a punto de chocar contra una farola.

Tuvo que esquivar, *in extremis*, a una tía buena que cruzaba el paso de peatones.

Frenó, cuando ya casi estaba bajo las ruedas de un camión de la basura.

De pronto su rostro se había vuelto lívido. No lo entendía. Sus ojos alucinados no veían nada diez pasos más allá.

Ahogó una maldición y siguió su camino.

¡Infiernos! El asesino que buscaba..., ¿podía haber actuado dos veces en la misma noche? ¿Y podía ser, además, una mujer?

Halloran tenía la boca seca.

Pero se había organizado una especie de plan de trabajo, y tenía que seguirlo. Lo primero era ir al apartamento del Bronx situado cerca del Yankee Stadium.

Era aún temprano.

A lo mejor, el pájaro aún dormía.

Halloran se animó.

Ya había dejado de tener la boca seca.

Al contrario, en este momento la mala baba le resbalaba por las comisuras de la boca.

Llegó al apartamento.

Estaba en un pequeño conjunto de dos edificios más bien modestos, ocupados por obreros y empleados que, a aquella hora, estarían ya trabajando. Halloran estacionó su bólido de cuatro perras entre dos coches mayores que casi lo ocultaban y fue a pie hacia el edificio que llevaba anotado en su agenda.

No empleó el ascensor.

Leches.

No llamó a la puerta.

Leches.

Con una llave universal, tanteó la cerradura y vio que era de un modelo viejo y facilón. No le costó nada abrir. Entró, mientras la mala baba ya casi le resbalaba hasta el cuello de la camisa.

Pudo ver el ambiente.

Un clásico apartamento de soltero.

Dos piezas. Una destinada para sala de estar. Otra dedicada exclusivamente a dormitorio. Aparte de eso, un pequeño baño y una cocinita.

El teniente respiró hondo. Aquello estaba vacío, pero existían indicios de que el pájaro no tardaría en volver. Por ejemplo, una taza preparada para el desayuno y una cafetera puesta al fuego.

Decidió esperarle junto al armario del dormitorio. Cuando el buitre entrase, se encontraría encañonado por una «Smith-Wesson» de gran calibre y cargada con balas de punta hendida. Eso último no lo sabría el buitre, desde luego, pero lo comprobaría en cuanto hiciese el menor movimiento.

Halloran fue hacia allí.

Abrió de nuevo la puerta del dormitorio.

Y entonces, justamente entonces, la muerte vino hacia él.

El largo alambre de púas cayó sobre su cuello.

CAPÍTULO V

CALUROSA BIENVENIDA

La descarga eléctrica hizo que Halloran saliese despedido contra una de las paredes antes de haber tenido tiempo de reaccionar. Y entonces su enemigo —que debía haber entrado en silencio mientras él registraba el piso— atacó de nuevo.

Tenía la lección bien aprendida.

No cabía la menor duda de que era un luchador implacable.

El próximo golpe alcanzó de lleno la cintura de Halloran, y el tirón de las púas fue tan fuerte que desgarró completamente el traje. La sacudida eléctrica resultó otra vez brutal.

Halloran imaginó lo que debía haber sido el sufrimiento de aquellas pobres mujeres al recibir un golpe semejante, estando casi desnudas. Llevó las manos a la cara para protegérsela, comprendió que no iba a tener tiempo de sacar la pistola y giró velozmente sobre sí mismo.

Se cargó una mesa en su veloz trayectoria, pero el próximo golpe falló. Las púas cayeron sobre el suelo, trazando un surco alucinante en el *parquet*.

Los dos hombres se miraron frente a frente.

Fue solo unos segundos.

Pero Halloran no olvidaría jamás aquellos ojos saltones, aquella cara viscosa, aquella expresión de loco.

El látigo se alzó de nuevo.

Era un auténtico «gato de siete colas», cuyos brazos estaban formados por finos alambres con púas de acero. El mango era grande y estaba cubierto de porcelana aislante. No cabía duda de

que en él se ocultaban una pequeña batería y una bobina de alta tensión, que eran las encargadas de producir la descarga eléctrica.

En cuanto al asesino, tampoco olvidaría nunca la cara de Halloran. Su indefinible expresión de mala uva.

Porque lo curioso era que Halloran había sonreído.

No iba a sacar la pistola.

Había en sus ojos algo más cruel que las balas.

Cuando su enemigo se disponía a atacar de nuevo, él le envió a las piernas la mesita volcada y le hizo caer. Luego se puso en pie de un salto que hubiese envidiado un *catcher*, recobrando la vertical en décimas de segundo.

Su enemigo estaba a punto de perder el equilibrio.

Vaciló unos instantes.

Para Halloran fue como si hubiese estado vacilando una eternidad.

Movió la pierna derecha y clavó la punta del zapato en el bajo vientre de su enemigo. Éste separó los pies del suelo, se quedó espantosamente blanco y dio una boqueada como si en los pulmones le faltase el aire.

Ni siquiera pudo chillar.

Para chillar hace falta poder mover la garganta, y el tío no era capaz ni de eso. Sus manos se crisparon en el aire mientras empezaba a arrugarse de cintura para abajo.

Halloran no le dejó recuperarse.

No hubo piedad.

Sabía muy bien cómo dejar sin alma a un tío.

Otro puntapié, pero éste al estómago, hizo doblarse al hombre.

Halloran preparó entonces los puños.

¡Uno-dos!

Los impactos terribles en la mandíbula le hicieron levantarse del suelo. Y el asesino quedó en una posición absurda, con las manos bajas, sin saber qué hacer, mientras sus ojos blanqueaban.

Halloran sabía que le había desencajado la mandíbula. Pero ahora hizo lo posible para dejarle sin ojos.

¡Tres-cuatro!

Los puños fueron directos a las cejas. Se las saltó. Dos gruesos hilos de sangre cubrieron la cara de aquel hombre, que ni siquiera veía.

Fue girando.

Le era imposible conservar la vertical.

De su garganta escapó apenas un ronquido.

—Nooooo...

Era lo mismo que habían pedido las mujeres antes de morir, era la súplica que él no había escuchado nunca.

Halloran lo tuvo de espaldas.

«Los riñones —pensó—. Lo dejaré seco».

Quizá Halloran era un tipo muy caritativo y muy dulce, que daba de comer a las palomitas los domingos por la mañana, pero ahora no lo parecía. Sujetó a su enemigo por los hombros y tiró de ellos hacia atrás mientras le apoyaba la rodilla en el centro de los riñones, justó en la base de la columna vertebral.

Sólo tenía que apretar un poco y ¡zas!

Mataría a aquel tipo de un solo golpe.

Pero en aquel momento alguien más abrió la puerta. Los ruidos de la pelea debían haberse oído en el vecindario, porque alguien gritó:

—¡Quieto o disparo!

Halloran soltó a su enemigo, que cayó al suelo hecho una piltrafa. Se volvió sin prisas. Se dio cuenta entonces de que el que ahora estaba ante él, apuntándole desde la puerta con un *bull-dog*

, era un guarda privado que debía estar al servicio del bloque de apartamentos. Y el *bull-dog*

es un revólver de cañón demasiado corto, cuya bala se desvía a diez pasos, pero a menos de diez es como para invitarle a uno a hacer testamento.

El teniente masculló:

—Policía.

—¿Sí? Pues yo soy el arzobispo de Nueva York.

—Acérquese y sáqueme la cartera. En ella está la credencial.

—Demasiado viejo el truco, amigo. En cuanto me acerque tratará de hacer algo. Lance usted mismo la cartera al suelo, pero cuidadito con un solo movimiento que no me guste porque le barreno la cabeza.

Halloran obedeció, puesto que el deseo del otro era un deseo

razonable. Lanzó la cartera al suelo y permitió que el guardián la recogiese sin dejar de encañonarle ni por un momento.

Al fin aquel hombre quedó pálido.

—De modo que el teniente Halloran... —musitó—. Le he oído nombrar. Es un hijo de la gran perra.

—Gracias —dijo Halloran.

—¿Por qué?

—Me han llamado cosas mucho peores.

El vigilante bajó, poco a poco, el *bull-dog*.

—He oído ruidos —murmuró—. Comprenda que he tenido que obrar así porque es mi deber. Me pagan para eso.

—También a mí me pagan para esto.

—¿Para tratar a la gente de esa manera?

Halloran señaló su traje, casi partido por la mitad, y las manchas de sangre en su cuello. Luego barbotó:

—No he hecho más que defenderme, puesto que la ley me autoriza a ello. Y ahora me va a dar unos datos sobre este buitre.

El «buitre» se movía un poco. Halloran le hizo perder otra vez el conocimiento de una patada en la sien capaz de matarlo y luego dijo, con la mayor placidez:

—¿Nombre de este tío?

—Willard.

—Bien... Coincide con el documento que yo tengo. ¿Edad?

—Cuarenta.

—¿A qué se dedica?

—Es representante mercantil.

—¿Rico?

—Bueno... Paga el alquiler regularmente, eso es todo lo que sé.

—¿Cuánto hace que vive aquí?

—Dos años.

—¿Le acompaña alguien?

—No.

—¿Recibe a mujeres?

—No.

—¿Es marica?

El vigilante gruñó:

—Por lo menos a mí no me ha metido mano nunca.

—Pues no sabe lo que se ha perdido, hermano. ¿Qué clase de visitantes vienen por aquí?

—Nadie. Precisamente se comenta en la vecindad que el señor Willard es un hombre muy discreto.

—Discretísimo. ¿Funciona el teléfono?

—Claro que tiene que funcionar... Oiga, ¿qué ha hecho el señor Willard?

Halloran gruñó:

—Meter mano a un vigilante.

Y llamó a la brigada, al sargento que estaba de guardia. Pero como el sargento de guardia se había dormido sobre el mostrador, al pobre tipo los timbrazos le dieron un susto de muerte.

* * *

Capturado Willard, el teniente Halloran no se ocupó para nada del cuerpo sin sangre que había sido hallado en Ellis Island. ¿Para qué? Al culpable de los hechos va lo tenía, y en cuanto a lo de Ellis Island debía tratarse de un hecho aislado y seguramente incomprensible que no se volvería a repetir. Mejor olvidarlo.

Y una serie de investigaciones importantes, y que nada tenían que ver con la primera, le hicieron olvidar de verdad aquel extraño suceso. Ni fue a la Morgue a ver el fiambre ni se ocupó de los trámites rutinarios que siempre se siguen en esos casos, y que quedaron en manos de unos cuantos subalternos aburridos y medio muertos de asco. Durante semana y media, su vida fue un torbellino de investigaciones que le llevaban por otros caminos y de las que no podía prescindir.

Fue al cabo de esos diez días cuando regresó de Baltimore, donde había tenido que comparecer en un juicio por corrupción de menores y tráfico de drogas. Lo primero que hizo fue ir a su casa y tomar, como de costumbre, una ducha fría y un *whisky* caliente. Luego se cambió de ropa y salió.

Tenía que hacer, aún, una serie de cosas.

Por ejemplo, ir a ver al capitán.

Preguntar cómo estaba ya lo de Willard.

Luego ir a ver al fiscal del distrito.

Ver si ya había acusación oficial.

Y empezar a preparar, por su parte, un pliego de cargos que echaría humo, para pasarlo al fiscal en el momento correspondiente.

Salió a la calle.

Su «Ford Federal» aún estaba allí. Seguramente no se lo habían llevado porque valía poco en comparación con los otros.

Halloran fue a subir a él.

Y entonces, una voz tranquila dijo a su espalda:

—Le invito a una copa, teniente.

El se volvió.

Y entonces sus ojos sufrieron una sacudida.

Porque el tipo estaba, allí.

Más fresco, más sonriente que nunca.

Porque era alguien a quien conocía muy bien.

Era el propio Willard.

* * *

Halloran quedó tan atónito que no supo reaccionar. Por un momento pensó haber visto mal. Luego temió que se tratase de una encerrona, pero ¿una encerrona por qué? ¿Y contra quién?

Al fin hubo de rendirse a la evidencia. Willard estaba ante él, mejor vestido que nunca y, además, completamente libre. Sus ojos estaban aún algo amoratados a causa de los golpes y en una ceja llevaba una protección de plástico, pero ésas eran todas las huellas que le había dejado la paliza, al cabo de diez días. Halloran pensó que fue una lástima no haber podido partirla la columna vertebral con un rodillazo cuando lo tenía tan a punto.

—¿Qué? ¿No hace una copa?

Halloran contestó, con voz de fantasma:

—De acuerdo. Una copa, pero la quiero de sangre.

—No se preocupe; la tendrá.

Pues vamos.

Puesto que Halloran vivía cerca de Greenwich Village, lo que resultaba fácil era encontrar bares con licencia para despachar licor. Se sentaron a una mesa, pero Halloran lo hizo con movimientos de muerto. En fin, con los movimientos que haría un fiambre si le dejaran sentarse a echar un trago.

Willard dijo con voz tranquila:

—¿Sorprendido?

—Ni sorprendido ni nada, hijo de la gran marrana. Sólo con ganas de empezar otra vez el trabajo en el sitio donde lo interrumpí.

—Pues no te va a ser fácil, Halloran.

—¿Cómo has podido escapar? ¿Y no comprendes que, en ese caso, tenías que haberte largado, ante todo, de Nueva York?

—No me escapé; me soltaron.

—¿Quién pudo... hacer eso?

—El fiscal del distrito.

Halloran había pedido un *whisky*. Sintió como si fuera a vomitarlo de golpe.

—¿Por qué? —pudo balbucir, al cabo de unos instantes—. ¿Puede saberse por qué razón, o es un secreto militar?

—La razón es bien sencilla. Lo primero que me indicaron fue que podía designar un abogado para que me defendiese, y que todo cuanto dijera podría ser usado en contra mía.

—Conozco el rollo. Es lo primero que escupen los oficinistas de la brigada. Sigue.

—Designé como abogado al señor Matthews.

—Es un buen abogado. Sigue.

—La primera cosa con que se enfrentó Matthews fue con la evidencia de que yo había sido pillado teniendo en las manos el arma de los crímenes. Pero entonces descubrió que el arma de los crímenes no sirve como prueba.

—¿Que..., que no? ¿Y por qué?

—Porque en el momento de ser descubierta en la habitación, se ejercía violencia contra mí. El vigilante del edificio lo ha atestado.

Halloran sintió que el *whisky* le salía por las orejas.

Conocía muy bien la ley, aunque hasta aquel momento no había pensado en ella. Las pruebas del delito tienen que ser halladas sin coacción ni violencia para el presunto culpable o, de lo contrario, carecen de valor legal. Y estaba bien claro que el arma fue hallada en la habitación cuando él le estaba dando tal paliza a Willard que por poco le había sacado los ojos. Eso no podía negarlo.

Balbució:

—Pero...

—Sí, claro, yo te había atacado, antes, con aquel látigo, y eso invalidaba mi alegación en contra de la violencia. Pero como tú no tuviste la precaución de presentar denuncia por el ataque, resulta que yo ni siquiera te toqué. Mi ataque contra ti no aparece probado por ninguna parte.

Halloran abrió mucho la boca.

Era cierto.

Había cometido el error de enfocar el asunto en línea recta, sin darse cuenta de las mil artimañas que ofrece la ley.

Willard siguió diciendo calmadamente, mientras sorbía su vaso de *whisky* con un especial deleite:

—Por lo tanto el arma del crimen, o de los crímenes, no podrá ser presentada ante el jurado, y el fiscal del distrito se ha dado cuenta de que tendría que montar una acusación sin pruebas, de modo que ha tenido que pensarlo dos veces. Pero hay todavía algo más.

—¿Algo más? —balbució Halloran.

—Sí. Mi abogado pudo dar en seguida con la clave. Yo soy irresponsable.

—¿Tú i... i... irresponsable?

—Naturalmente que sí. Mis crímenes son los de un maníaco, en el caso de que puedan serme probados, y yo mismo reconozco que soy un maníaco. Me gusta torturar a las mujeres, me gusta destrozarlas y darles muerte, en especial a las ramera. Las ramera sólo existen para nuestro placer.

Halloran estuvo a punto de saltar de la mesa mientras los ojos se le salían de las órbitas y la mala baba se le escapaba hasta por las uñas de los pies, pero se contuvo en el último momento. Sabía muy bien que hasta entonces se había comportado como un hombre que pega. Desde aquel momento tendría que comportarse también como un hombre que piensa.

—Te machacaré los sesos —fue todo lo que dijo.

—Mi abogado sacó todos los trapos sucios que había en mi vida —explicó tranquilamente Willard—. Otros abogados los ocultan, pero él los sacó. Malos tratos a mi madre en Filadelfia, porque mi madre era una ramera. Muerte de ésta a causa de una hemorragia interna que fue calificada como accidente. Estrangulamiento de una

ramera joven en una pensión de Buffalo. Paliza sangrienta a una prostituta negra en un campo de maíz de Alabama, con violación colectiva, poco después. Todo eso se lo puso de manifiesto el abogado al fiscal del distrito para demostrarle que soy un maniaco, y tú sabes lo que es un maniaco, según la ley.

—¿Qué es? —farfulló Halloran.

—Un enfermo.

—Un..., un enfermo...

—Sí, y los enfermos no van a la cárcel, sino a la clínica. Para que te declaren responsable, tienes que serlo absolutamente, sin ninguna clase de duda legal. Si haces algo que no resulta corriente, ya resulta muy fácil encontrar en ti causas que te obligan a obrar en contra de tu voluntad, «por un impulso invencible» y, en consecuencia, no respondes de tus actos. El Estado te interna en una clínica, te cuida y te mimas. Los padres de la muchacha a la que has asesinado pagan con sus impuestos una parte de tu comida, de tus vestidos, de tus diversiones y de tus medicinas. Todo.

Decía aquello con una visible satisfacción, como si, de pronto, estuviese explicando a todo el mundo, a los cuatro vientos, que la ley está hecha para los delincuentes, no para las víctimas, porque las víctimas no cuentan. A los muertos se les entierra, y a los asesinos se les reeduca. Es fantástico.

Halloran sentía frío hasta en el fondo de los huesos.

Nunca le habían hablado con tanta claridad. Nunca.

Pero Willard siguió:

—Eso, en el caso de que logren probar que tú eres el asesino, o sea que lo máximo que arriesgas es una clínica mental, de donde sales en cuanto se te considera curado, y en el caso de un maniaco se le suele considerar curado a los dos años de buena conducta. Pero si no te pueden probar los hechos con absoluta certeza, como por ejemplo en mi caso, el fiscal del distrito se encuentra ante un verdadero problema. Ha de elegir entre dos opciones.

—¿Qué dos opciones...?

—Una —dijo Willard, con la misma precisión que un abogado que está ante un tribunal—, es llevar adelante la acusación y exponerse a que yo salga absuelto con todos los pronunciamientos favorables, en cuyo caso deberá dejarme absolutamente libre y, además, no podré ser juzgado dos veces por el mismo delito. A eso

no puede arriesgarse porque, como te he dicho, las pruebas no existen, y la única, que es el arma de los crímenes, ha sido obtenida mediante violencia.

Los dientes de Halloran rechinaron.

—¿Cuál es la..., la posibilidad número dos? —susurró.

—Consiste en pedir mi buena voluntad y la buena voluntad de mi abogado —soltó tranquilamente Willard.

—¿Encima eso?

—Claro.

—¿Por..., por qué?

—Mi abogado busca un tutor provisional, que es uno de sus amigos, y se compromete a llevarme a la consulta de un conocido psiquiatra, dando, luego, su informe al fiscal. Si el consejo de ese psiquiatra es que yo sea internado, me internaré hasta mi curación con gastos a cuenta del Estado. Si cree, por el contrario, que puedo hacer vida normal, la haré y el fiscal renunciará a toda acción contra mí. Ése es el trato que mi abogado ha hecho.

Y añadió:

—No puede negarse que el fiscal del distrito sirve al país con los medios que las leyes ponen en su mano, aunque reconozco que no son muchos. En vez de exponerse a que yo salga libre, acepta la posibilidad de que sea internado, con toda garantía, en una clínica psiquiátrica.

Halloran tuvo que cerrar los ojos.

Todo daba vueltas en torno suyo.

Pero había que aceptar los hechos.

Era verdad que las pruebas fallaban.

Era verdad que el fiscal había obrado «razonablemente».

Era verdad que la ley sólo se ocupa de buscar mil garantías para el presunto culpable, pero en la víctima ya nadie piensa.

Y era verdad que, aun así, cuando se impone una pena grave, los periódicos ponen el grito en el cielo diciendo que aquello es demasiado cruel, puesto que la culpa no es nunca del asesino, sino de la sociedad que lo ha hecho.

Sus nudillos blanquearon sobre la mesa.

Estaba a punto de romperse las falanges de los dedos a causa de la terrible fuerza con que las apretaba.

Al abrir los ojos de nuevo, pudo ver que Willard sonreía

beatíficamente.

—¿Y cuándo vas a ir al psiquiatra? —musitó.

—¡Huy, cuando me sea cómodo!

—¿Y cuándo te va a ser cómodo?

—El viernes, por ejemplo. No hay que darse prisa.

—¿Quién va a ser tu médico?

—Calbert.

—Es bueno... Y caro.

—No te preocupes, tengo el dinero que me dejó mi madre. Había ganado mucho haciendo de ramera, ¿sabes? Sobre todo le pagaba muy bien un cliente que venía a nuestra casa y que siempre me echaba a puntapiés. Yo le odiaba con toda mi alma, pero más odiaba a mi madre por reírse con él. Oía su risa desde la ventana y entonces juré que a ella la mataría un día.

—¿Por qué a ella y no a él? ¿Porque era más fácil?

Willard no contestó.

Hubo entre los dos un casi angustioso silencio.

Después, Halloran preguntó con voz opaca:

—¿Qué hacía tu padre?

—Murió en 1943, luchando en Sicilia, durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y tu madre?

—Le quedaba una pensión pequeña. Tuvo que trabajar. Después, en la época de McCarthy, la despidieron por no sé qué. Dijeron que era comunista.

—¿Lo era?

—No lo sé. ¿Qué importa...?

Los dientes de Willard se habían apretado. Le molestaban aquellos recuerdos, los estaba masticando con una especie de furia. Precisamente por eso, Halloran quiso torturarlo siguiendo con aquel tema.

—¿Entonces empezó a acostarse con hombres? —preguntó—. ¿Para mantenerte a ti?

Willard dijo con voz sombría:

—Era una zorra...

—Dime: la habían despedido de su trabajo. Hasta ese momento había sido una mujer completamente honrada, ¿sí o no?

—Era una zorra...

—¡Cállate...!

—Soy un hombre libre. Nadie me puede obligar a callarme, Halloran.

—¡Cállate, en nombre de todos los infiernos, o te retuerzo las entretelas!

Willard se calló.

Sabía cómo las gastaba Halloran.

Y éste ya no habló más de aquella pobre muerta. Sólo balbució:

—Supongo que Calbert te definirá como un hombre que no necesita ninguna clase de medidas especiales. Te tendrá algún tiempo en su clínica y luego te hará examinar por dos inspectores del Estado, quienes garantizarán que estás curado y que puedes hacer vida normal. En pocas palabras, la sociedad te habrá *rehabilitado*. ¿Y esas pobres chicas? ¿Y la mujer policía? ¿Qué?

Willard dijo, entre dientes:

—Vosotros no perdonáis nunca al que mata a un policía.

—Pues te equivocas en eso; tanto como en mi subordinada, pienso en las otras pobres mujeres que acabaron bajo tus golpes. Y haré que lo pagues, Willard; te juro que haré que lo pagues.

—¿Por quién lo jura?

—Por mi madre.

—¿Tu madre también fue una zorra, teniente?

Halloran ya no aguantó más.

Hizo lo que había prometido.

No le retorció las entretelas, pero le asestó tal puntapié que el tío salió despedido contra la barra. Blanco de dolor, Willard se llevó ansiosamente las manos a la entrepierna.

—Pero ¿qué puñeta pasa aquí? —preguntó el camarero.

—Nada. Que este señor ha corrido porque quiere pagar la cuenta —gruñó Halloran—. Cóbresela a él y, además, pídale propina.

Y salió de allí. Para sacar su coche del sitio en que estaba aparcado tropezó con todos los demás, pero a la hora de la verdad fue él quien salió perdiendo porque su «Ford» era el más pequeño.

CAPÍTULO VI

EL ENIGMA

El capitán puso educadamente los pies sobre la mesa, como hacía siempre, escupió hasta la pared del fondo el cigarrillo que tenía en los labios y, siempre con la más exquisita buena crianza, eructó.

Halloran masculló:

—Se nota que es usted un tío de Oxford, capitán.

—Déjese de monsergas y olvídense del caso Willard. Ha venido a hablarme de eso, ¿no? Pues bien, es un asunto que ya no nos compete. El fiscal del distrito lo ha dejado en manos de los médicos y, por lo tanto, nada podemos hacer.

Halloran dijo sombríamente:

—Sí que podemos hacer algo.

—¿Qué?

—Cargárnoslo.

El capitán hizo una mueca.

—No me disgustaría, al fin y al cabo, después de saber que él fue el asesino de nuestra compañera, pero debemos respetar la ley.

—La ley es sencilla —gruñó Halloran—. Sobrarán voluntarios para atropellarle con un coche y dejarle hecho papilla bajo las ruedas. ¿Qué puede pasar, entonces? Si la cosa se hace con un poco de gracia, de forma que parezca un accidente, y eso sabemos hacerlo todos, te cargan un año como máximo, año que no llegas a cumplir si no tienes antecedentes. Llevamos al responsable ante el tribunal y esperamos respetuosamente la sentencia. ¿No es eso *la ley*?

—¿Qué ley?

—La que piensa en los delincuentes más que en las víctimas. Por una vez que la utilicemos a nuestro favor, no va a pasar nada.

—Sería un asesinato, Halloran.

Halloran meneó la cabeza tenazmente.

—No respondo de que no lo haga.

Y se levantó para ir hacia la puerta, como si diese aquella conversación por terminada. En los dos últimos días parecía, incluso, haber bebido y se tambaleaba al andar. Pero su superior le detuvo con un gesto, antes de que franqueara aquella puerta.

—Ya que está aquí, hablemos de otra cosa —dijo.

—¿De qué?

—Por ejemplo, del caso del que no se ocupó. Aquel fulano que apareció desangrado en un patio vecinal y al que también habían castigado salvajemente con un látigo hecho de alambre de púas. Está por resolver.

—Tal como lo ha explicado, parece un caso de vampirismo, capitán.

—Puede que lo sea.

—¿Y no ha encargado a nadie de él?

—Sí, a Tucker, pero Tucker navega. Va perdido de un lado para otro sin saber qué hacer, y lo peor es que dentro de dos días seguirá lo mismo.

—Pues Tucker es el especialista en asesinatos raros, en casos de vampirismo y en crímenes rituales...

—Por eso se lo encargué a él, pero se ha perdido en la selva y no encontrará el camino. Tome usted el relevo, Halloran. Tómelo.

—¿Es un truco para que me olvide de Willard?

—Es una orden.

—¿Y por qué me la da?

—Por redaños.

Halloran se rascó la nariz.

Estuvo a punto de contestar algo grueso, pero al fin susurró:

—Celebro saber que aún los tiene, capitán. En la brigada había apuestas para saber dónde los había perdido.

Y se largó.

Sabía perfectamente que, con aquel trabajo, querían borrar de su mente la obsesión de Willard, pero iba a ser imposible. Aquel caso seguía atormentándole y sabía muy bien que no descansaría hasta

que viese en la Morgue el cadáver de Willard o, mejor aún, lo que quedase del cadáver. Por eso hizo lo que había estado haciendo durante los dos días últimos.

Primero, atizarse un trago. No sabía lo que le pasaba, pero últimamente la vida se le hacía imposible si no tenía el gonzate ardiendo.

Luego fue a vigilar el domicilio de Willard.

Lo hacía continuamente. Controlaba sus salidas, sus entradas. Y si en cualquier momento le hubiese visto acercarse a una chica, le habría partido la cara en plena calle, fingiendo que aquello era una cuestión de celos.

Willard era prudente, sin embargo, y no se acercaba a ninguna mujer, por ahora. Simplemente paseaba, iba al cine o pasaba largas horas en el despacho de su abogado, con el que debían estar planeando la estrategia futura.

Pero aquella noche tuvo Halloran una violenta sorpresa.

Cuando se situó en un lugar discreto, cerca del bloque de apartamentos, dio por descontado que Willard ya estaría en casa, y su idea al estacionarse allí era, simplemente, la de seguirle en el caso de que saliera. Pero esa noche ocurrió lo que él no esperaba: Willard llegó.

No estaba en el apartamento, como Halloran había creído. Venía, por el contrario, en su coche... ¡y en compañía de la mujer más fantástica que Halloran había visto nunca!

Las facciones del teniente palidieron al distinguirla.

¡Por todos los diablos...!

Era alta.

Maciza.

Perfecta.

Con unas piernas que le hacían entrar a uno en una especie de éxtasis.

Los dientes de Halloran rechinaron.

La rabia hizo que estuviera a punto de partirse la lengua.

Pero ¿era posible que...?

Fue a saltar del coche, pero los dos se metieron en el portal. Halloran estuvo a punto de romper el volante de tanto que le costó contenerse, pues sabía que una agresión en la calle no era lo mismo que una agresión en un edificio privado. No le quedó más remedio

que esperar a que la chica saliese, aunque se marcó diez minutos como plazo improrrogable. En diez minutos —con todo lo que una chica tarda en desvestirse y en hablar un poco— no iba a ocurrir nada importante.

Sin embargo, las sorpresas siguieron.

La chica salió a los ocho minutos exactamente, y tan fresca como una rosa. Llevaba bajo el brazo un libro que antes no había exhibido.

Halloran pudo mirarla mejor.

Era perfecta.

No tendría más allá de veintidós años.

Y el solo pensamiento de que pudiera acabar como las otras, bajo las zarpas viciosas de Willard, le llenó de horror.

Por eso Halloran se portó educadamente, como solía hacerlo.

Igual que un caballero.

La sujetó bruscamente por la blusa y dijo:

—¡Tú, zorra!

Ella intentó debatirse.

Pero las manos de Halloran eran como zarpas. Le desgarraron la blusa.

La desconocida le saludó cariñosamente:

—¡Hijo de la gran marrana!

—¡Policía! —masculló él—. ¡Brigada de Costumbres!

—¡Pues entonces hijo de la tal dos veces!

Halloran la empujó hacia el coche.

Pero el coche era pequeño y la chica por poco no entra en él. Lo llenaba todo con sus caderas poderosas y con sus sensacionales piernas.

Halloran suspiró entonces, sintiéndose avergonzado:

—Bueno, perdóname... No pasa nada. Si quieres puedes irte, pero antes me gustaría hacerte una advertencia.

—¿Qué clase de advertencia?

—No soy exactamente un policía de la Brigada de Costumbres. Pertenezco a Homicidios, pero me he especializado en indagar dentro de la basura de los crímenes sexuales y todo eso.

Mostró su credencial, aunque supuso que no era necesario. Estaba claro que la chica le iba creyendo.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —murmuró.

—Es posible que tengas que ver más de lo que crees. ¿De qué conoces a ese tipo?

—¿Willard?

—Sí.

—Va, a veces, a consultar libros de leyes a la biblioteca pública de la Calle 42. Yo también voy, a veces, y hemos entablado una cierta amistad.

—¿Te ha hecho proposiciones?

—¿De qué?

—Proposiciones para pasarlo bien contigo.

El lenguaje de Halloran era brutal, puesto que estaba acostumbrado a tratar con gentuza, pero la desconocida lo encajó bien.

—No, no me ha hecho proposiciones —dijo.

—¿Eres una profesional?

—¿Y cómo cuernos voy a ser una profesional en las bibliotecas? —preguntó la chica con el mismo lenguaje.

—Las hay de todas clases. Dime, ¿qué clase de relación te une a Willard?

—Te lo acabo de decir: simple amistad. Ahora mismo he subido para que me prestara un libro, y se ha comportado respetuosamente.

—¿Cómo te llamas?

—Emily.

—¿En qué trabajas?

—Soy conservadora.

—¿De qué?

—De antigüedades.

Emily contestaba directamente, sin reticencias, a lo que él le decía, y Halloran se sintió avergonzado de aquel interrogatorio. En voz más baja musitó:

—Es sólo un consejo; más vale que no vuelvas a ver a ese hombre.

—¿Por qué?

—Es un sádico, un asesino.

La muchacha no contestó. Parecía como si, de pronto, se diese cuenta de que había estado a punto de caer al fondo de un abismo. Al cabo de unos instantes dijo, en voz baja:

—¿Estás seguro?

—Tan seguro que te puedo demostrar que se halla en tratamiento médico después de varios asesinatos. La ley es tan cómica que considera enfermos a todos los culpables. Y a las víctimas, como ya no están enfermas, sino muertas... ¡que las zurzan! Pero, si tienes alguna duda, te puedo mostrar el expediente que está en manos del fiscal del distrito.

Emily dio aquellas palabras por ciertas. No pidió nada.

—Está bien, me alejaré de él —musitó—. No creí que fuera una amistad peligrosa.

—Estás advertida.

—Gracias, policía. ¿Cuál es su nombre?

—Halloran... Teniente Halloran.

—No veré a ese tipo nunca más. Y, si me lo encuentro en algún sitio, procuraré esquivarlo, se lo aseguro.

—Perfecto, Emily. Oye... Siento mucho haberte desgarrado la blusa.

—No tiene importancia.

—De todos modos, es extraño... No he apretado tanto.

—No te preocupes. Es ya muy vieja.

El la miró y se dio cuenta de que, en efecto, era un modelo que ya no usaba nadie. Todos los detalles de aquella preciosidad resultaban actuales, pero la blusa no, Halloran se encogió de hombros mientras repetía:

—Lo siento.

Y se ofreció a acompañarla a su casa, pero ella le dijo que no vivía en un apartamento sino en un hotel de la parte alta de Manhattan. Halloran la condujo hasta allí.

Pero durante el camino se dio cuenta de que la chica enseñaba demasiado las piernas, y eso estuvo a punto de originar una catástrofe. Halloran va no sabía dónde miraba, y dejó marcadas no supo cuántas farolas de Manhattan.

Al llegar al hotel, su pequeño «Ford» ya no servía ni para un saldo. Pero a Halloran ya no le importó porque, puesto que era demasiado pequeño para acomodar a una chica en él, pensaba cambiarlo por otro.

De todos modos, no había más remedio que hacer un cierto caso al jefe de la brigada. Halloran hubo de abandonar temporalmente la vigilancia de Willard para echar un vistazo al muerto al que ya no le quedaba sangre.

Tucker, el especialista en asesinatos rituales (y que en Nueva York son más frecuentes de lo que la gente cree), le esperaba en la puerta de la Morgue.

—Más vale que te olvides de Willard —le espetó—. Esa clase de asesinos, en cuanto agarran el resquicio de la ley que los declara «enfermos», ya son intocables. Hasta que cometa un nuevo asesinato ya no hay nada que hacer con él. E, incluso entonces, ya veremos...

Los dientes de Halloran rechinaron.

—Pero ¿de qué forma están escritas las leyes? —masculló—. ¿Hay que esperar a que cometa un nuevo asesinato? ¿Hay que ofrecerle, para su placer, una nueva víctima?

—Olvidate de eso, Halloran, y vamos a ocuparnos de mi «cliente». Mira, ahí tenemos la «nevera».

En efecto, el enorme refrigerador donde se conservaban los cadáveres estaba ante ellos. Uno de los enormes cajones fue abierto y en él apareció, ya completamente helado, el pájaro que buscaban. Llevaba una tarjeta de identificación ligada a un dedo del pie derecho.

Halloran dominó una náusea.

Había visto cadáveres blancos.

Pero como aquél, ninguno. No sólo era la falta total de sangre, sino la enorme cantidad de cristalitos de hielo que se habían ido acumulando en su piel. Si se hubiese tenido que elegir una fotografía de la muerte, aquel hombre hubiera servido. EL ERA LA MUERTE.

El teniente examinó las huellas de las púas en la piel. Luego masculló:

—¿Quién era?

—No lo sabemos exactamente, porque venía de otra ciudad según parece. Pero existen indicios de que pueda ser Jeremy Olson, un tipo sádico que había violado a dos niñas.

—¿Y las huellas necrodactilares?

—No sirven. Antes de ser atrapado, se había abrasado las yemas de los dedos a propósito. Eso nos indicó que podía tratarse de un

delincuente y, por lo tanto, llevamos las investigaciones en esa dirección.

Halloran dijo, con una mueca:

—Al diablo con ese tío.

Y Tucker hizo cerrar el cajón.

—El asesinato parece una repetición de los de aquellas pobres chicas, pero al revés —musitó—. Aquí la víctima ha sido un hombre. Como en esas cosas suele haber imitaciones, debo preguntarte: ¿se dieron a la publicidad esos crímenes?

—No.

—Pues entonces, es extraño.

Y fueron al laboratorio donde se analizaban las pruebas. Allí Tucker abrió una carpeta en la que había solamente, adherida a un papel finísimo, una fibra de un tejido muy suave.

—Lo tenía la víctima entre las uñas —explicó Tucker.

—¿Y qué es?

—La fibra de un tejido típicamente femenino. Ningún hombre usaría ese color, ni esa clase de fibra tan suave.

—¿Y qué dice el laboratorio?

—Algo extraño.

—¿Qué es eso tan extraño? —musitó Halloran.

—Te vas a reír, pero el informe técnico dice que..., ¡que la fibra tiene unos ciento cincuenta años de antigüedad!

Halloran arqueó una ceja.

—¿Quééééé...?

—Lo que acabas de oír: ciento cincuenta años.

—Ésa puede ser muy bien una prenda que se conserve en un museo. Hay muchas... ¡Pero usarla por la calle es distinto! ¡Infiernos! ¡Claro que es distinto!

—Pues la asesina la usó.

Y Tucker añadió, sin darle importancia:

—Claro que entonces un leve roce bastaría para que se deshiciera un trocito de la prenda.

Halloran sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué? —musitó.

—Lo que acabas de oír. ¿Qué importancia tiene? Halloran no contestó.

De pronto fue hacia la puerta como un rayo.

Salió tan aprisa de la Morgue que por poco no se carga una camilla en la que llevaban a un muerto.

Menos mal que el muerto no protestó, pero desde el otro barrio debió llamarle educadamente:

—¡Bestia...!

CAPÍTULO VII

LA MANSION DEL MAS ALLA

A su pequeño «Ford» ya no le quedaba apenas carrocería, pero le quedaba motor, de modo que Halloran fue a toda velocidad al hotel de la parte alta de Manhattan donde había dejado, dos noches antes, a la extraña muchacha de las piernas estupendas y del libro bajo el brazo. Fue al encargado de recepción, mostró su credencial y preguntó:

—Hace dos noches dejé aquí a una muchacha llamada Emily, una chica que tema *esto* y *esto* y también *este* —mientras hablaba iba haciendo expresivos gestos con las manos—. Me dijo que vivía aquí.

—¿Cuál es su apellido?

—Confieso que no lo sé.

—De todos modos, no importa —dijo el empleado—. Por las señas anatómicas que usted me acaba de indicar, tiene que ser la señorita Emily Wagner. En efecto, pasó en este hotel la noche.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué va no vive aquí?

—No ha vivido nunca.

—¿De modo que no la conocían cuándo pidió alojamiento para aquella noche?

—No, no la habíamos visto jamás. ¿Le contó que tenía, aquí, su residencia habitual?

—Sí —musitó Halloran mientras pensaba que, ahora, a los treinta años, era más idiota que a los veinte.

—Pues lo siento, pero le va a ser difícil dar con ella. Pagó la cuenta y se largó sin dejar señas, como es lógico.

Halloran ahogó una maldición.

Y se largó de allí.

En la inmensa Nueva York —si es que aún estaba en la ciudad— no resulta nada fácil encontrar a una chica de la que sólo se sabe que se llama Emily y que tiene unas piernas así y así. De pronto Halloran se encontraba más despistado que un elefante ante un plato de calamares, pero había que seguir adelante, fuera como fuese.

La cosa rutinaria era buscar en la guía telefónica, porque, a veces, la suerte ayuda, pero sólo había dos Emily Wagner. Una de ellas le contestó, con voz de hombre:

—¡Oiga, aquí es la Liga de Mujeres Homosexuales Libres! ¡Váyase a hacer puñetas!

Y la otra:

—Yo me encargo del trasplante de órganos humanos. ¿Qué le pasa, amigo? ¿Cuál es su problema? ¿Tiene algún órgano en buen uso que me pueda vender?

Halloran se apresuró a colgar en seguida.

El tío estaba blanco.

Y no es que no quisiera vender cualquier menudillo de nada, pues el dinero le hacía falta. Lo malo era que según qué mondongo empezaba a estar en pésimo uso.

Luego salió de nuevo a la calle.

Aún tenía una posibilidad, y esa posibilidad se llamaba Willard. Quizá él sí que tenía alguna idea de dónde vivía la chica.

Pero no se lo preguntó directamente porque Willard no hubiera soltado prenda, de modo que le espió. Y no tardó ni siquiera veinticuatro horas en comprobar que el fulano se iba a Central Park, donde, a juzgar por sus prisas, parecía tener una cita.

En efecto, la tenía. Le vio hablar con Emily e incluso notó que sostenían un discreto escarceo. Sintiendo que los nervios le vibraban a causa de la rabia, Halloran los observó a los dos, hasta que se separaron, sin hacerse visible en ningún momento.

Luego siguió a Emily, que era la que le interesaba. La cosa tuvo sus problemas, porque ella tomó el Metro para dirigirse a la parte baja de Manhattan. Y pasar inadvertido en el Metro sin dejar de vigilar al «cliente» es una de las cosas más difíciles que existen.

Pero Halloran tenía «oficio». Lo consiguió.

Ella descendió hacia la Calle 28, cruce con la Cuarta.

Mal sitio aquél.

Casas ya tronadas.

Almacenes baratos.

Solares convertidos en aparcamientos donde por la noche se meten los delincuentes.

Tiendas de artículos de belleza que parecen haber sido ya usados.

Establecimientos «porno».

Y discretas funerarias cuyos letreros negros infunden confianza al cliente, diciendo: TRATO FAMILIAR.

También hay otra clase de establecimientos, claro, y en uno de ellos se metió la muchacha. Pero era un sitio la mar de especial. La puerta era de color gris y tenía unas letras en metal dorado que anunciaban: ANTIGÜEDADES FERGUSON.

Había un escaparate.

Halloran se acercó a él cuando Emily hubo desaparecido por la puerta de cristales opacos.

Y entonces quedó de piedra.

Porque vio la «mercancía».

Al menos había cuatro.

Y el letrero decía:

**«ATAUDES CON MAS DE CIEN AÑOS DE ANTIGÜEDAD. GARANTIZAMOS QUE
TODOS HAN SIDO USADOS POR CADAVERES ILUSTRES».**

* * *

Halloran sintió otra vez aquella especie de nudo en la garganta. Cuanto más se metía en la entraña de Nueva York, más cuenta se daba que no la conocía.

En Nueva York se puede encontrar de todo, pues, en cierto modo, sus barrios populares son un inmenso bazar donde se juntan los residuos de cinco o seis idiomas y cinco o seis culturas. Uno halla alfombras persas, amuletos indios, venenos pakistaníes, radios japonesas y anticonceptivos italianos. De todo. Pero la venta de ataúdes antiguos y encima, usados, era algo con lo que Halloran no se había encontrado jamás.

Pero ¿por qué no?

Si hay gente que desde los veinte años empieza a pagar su abono a la funeraria y elige el sarcófago en que anhela ser enterrado, ¿por qué no ha de haber gente que sueña reposar en el ataúd que ha sido de algún personaje ilustre? ¿Ser enterrado en el ataúd de un viejo Rockefeller? ¡Fantástico! ¡Habría fulanos que, después de morir, se morirían otra vez de gusto!

Un cartelito más al fondo decía:

«DEBIDAMENTE REPARADOS E HIGIENIZADOS. MAXIMA CALIDAD Y GARANTIA».

Sin duda se trataba de sarcófagos que fueron utilizados más de un siglo antes, y cuyos ocupantes habían sido trasladados de sepultura, abandonándose el primitivo ataúd. Pero como antes la gente respetable se hacía meter en unos ataúdes de alivio, los viejos estaban todavía en perfecto uso, cambiando algunos detalles externos y, desde luego, toda la tapicería interior.

Halloran sintió una náusea.

¡Maldita sea!

¡Narices!

Mejor el horno crematorio.

Y aquella chica de las curvas succulentas, y cuyo cuerpo era enteramente un canto a la vida, ¿habitaba allí?

¿Tenía algo que ver con los ataúdes y con los muertos?

Un último cartelito advertía:

«LICENCIA FUNERARIA».

Estaba claro que allí se podían ocupar, también, de todos los detalles de los entierros. Halloran se largó antes de que le diera por palmarla de un infarto delante de un escaparate semejante.

Pero no se largó muy lejos.

Tenía que vigilar aquello.

Se metió en un bar cercano donde se anunciaban «Bebidas selectas», pero donde el aguardiente olía a boñiga de vaca.

Se zampó dos *whiskys*, pero al segundo empezó a pensar que quizá no era tan malo estar muerto. Al menos, así no se nota lo que le meten a uno entre pecho y espalda.

Pasó el rato.

Luego fue a otro bar para no llamar la atención.

Aquí, el *whisky* tenía una variante: sabía a boñiga de toro.

Al fin, Halloran consultó su reloj.

Iban a cerrar. Eran las once.

La calle brillaba con una especie de pátina charolada que se había ido llenando de soledad y de silencio.

Nueva York es, en gran parte, durante las noches, una ciudad deshabitada. Por eso resulta tan peligroso transitar por ella.

Las luces el escaparate de la funeraria ya se habían extinguido y la puerta de cristales grises estaba cerrada por dentro. Tras comprobar que nadie le veía, Halloran pulsó la resistencia de aquella cerradura y vio que era fácil de forzar. Dio una vuelta a la cuadra para que nadie se diese cuenta de que estaba demasiado tiempo allí y luego regresó a la puerta.

Clic... Clac...

Fue sencillo. Dos movimientos le bastaron para colarse dentro, tras utilizar la llave maestra. Una vez lo hubo conseguido, miró el panorama.

Éste no resultaba lo que se dice muy alentador. Además de los ataúdes antiguos que viera antes en el escaparate, había otros en fase de reconstrucción, que consistía en unir las tablas con colas especiales, barnizándolas de nuevo. También el almohadillado interior estaba siendo variado, pero conservando el aire siniestro de otro tiempo.

Si a Halloran le hubiesen dicho que comparara aquellos ataúdes con cualesquiera otros de los que había visto en su vida, habría recordado, sin duda, las viejas o no tan viejas películas del conde Drácula. Tenían «algo»...

Todo allí era silencioso y quieto.

Casi fétido.

Flotaba en el aire ese especial olor de las cosas viejas, como si la podredumbre que un día contuvieron aquellos ataúdes se hubiera trasladado a la atmósfera.

Halloran se movía por allí con el silencio de las sombras. Giró, con cuidado, el pomo de una puerta.

Esta produjo un leve chirrido al ser empujada, pero no había nadie tras ella. Simplemente se encontró en una habitación donde

una lucecita plateada iluminaba los materiales para la renovación de los ataúdes. Por fortuna, el suelo de baldosas no crujía. Halloran siguió avanzando hacia una puerta que había al fondo.

También ésta chirrió un poco.

Halloran entró.

Y se enfrentó a algo mucho más interesante, pero mucho más inquietante también. Porque el teniente se dio cuenta de que acababa de penetrar, entonces, en el verdadero reino de la muerte.

* * *

Muchas veces Halloran había estado en la Morgue, que era ya algo así como su segundo hogar, pero aquello resultaba infinitamente distinto. Lo que tenía delante era como un depósito de cadáveres del siglo XVIII, cuando aún existían las brujas y se hablaba de los vampiros. Aunque la muerte siempre sea la misma y sea eterna, uno se sentía —sólo al entrar allí— trasplantado a otra época.

Las mesas para los «fiambres» no eran de mármol como en todos los sitios, sino de piedra con rebordes de madera. Parecían construidas muchos años atrás, cuando se crearon las primeras facultades de medicina.

Y Halloran vio el muerto que había en una de ellas.

No era un muerto como todos los demás.

Tenía el mismo aire siniestro, por descontado, pero había algo que lo distinguía: Halloran hubiese jurado que en su cuerpo no quedaba una gota de sangre.

CAPÍTULO VIII

SOMBRAS

Con todos los nervios en tensión y procurando no hacer ruido, Halloran se acercó, poco a poco, a la mesa donde yacía el cadáver. Vio que se trataba de un hombre joven y que debía haber muerto, poco antes, de un ataque cardíaco o un derrame cerebral, porque no se apreciaba en su cuerpo el menor signo de violencia, así como tampoco los estragos que suelen causar las enfermedades largas. De no ser por la blancura espantosa de su cuerpo, hubiese podido parecer, incluso, un hombre que estaba vivo.

Pero era aquella blancura la que llamaba la atención; la que sobrecogía, incluso. A Halloran le recordó, como si estuviese viviendo de nuevo la misma escena, el cadáver que había visto en la «nevera» de la Morgue del Bellevue, con una tarjeta de identificación en un dedo.

Era algo que llegaba a estremecer.

Eso y las blusas que se deshacían al menor roce..., ¡como si estuvieran confeccionadas doscientos años antes!

Pero Halloran no se dejó llevar por sus pensamientos. Con la máxima frialdad posible fue examinando el cadáver que estaba sobre la mesa. Sus ojos recorrieron la piel, centímetro a centímetro hasta encontrar aquellas huellas delatorias en el cuello. No eran muy grandes y más bien daban la sensación de un golpe, pero las marcas de los dientes resultaban claras. Por increíble que pudiese parecer... ¡allí había estado actuando un vampiro!

Halloran sintió como si no tuviera sangre él tampoco.

Miró en torno suyo.

Aquel ambiente penumbroso, aquel silencio..., ¡aquella sensación de muerte!

Como un hipnotizado, se alejó, poco a poco, de aquella mesa, sin poder apartar los ojos de las marcas en el cuello. No llegó a advertir que retrocedía hasta la puerta, quedando de espaldas a un espacio vacío.

No llegó a captar la leve y ansiosa respiración.

Ni oyó el siseo del cuchillo al hendir el aire.

* * *

La propia muerte estaba a su espalda, pero Halloran no había captado su presencia aún. Cuando el cuchillo ya había iniciado la trayectoria fatal, él aún no se había dado cuenta de que tenía alguien a la espalda.

Curiosamente fue el mismo muerto el que le salvó la vida. Aquel cadáver completamente rígido se arqueó un poco debido a una contracción mecánica de los tejidos, como los que tienen lugar, a veces, al iniciarse los procesos de descomposición. Halloran tenía los nervios tan excitados que, por un momento, le pareció como si aquel cuerpo se moviese por su propia voluntad y dio un veloz paso hacia adelante, en dirección a la siniestra mesa.

El cuchillo le acarició la nuca, le resbaló por un hombro y acabó desgarrándole parte del traje, de arriba abajo. Una brusca contracción de dolor recorrió la espalda del teniente, aunque no le hizo perder la serenidad. Por el contrario, en fracciones de segundo se dio cuenta de lo que ocurría. Y eso le hizo lanzarse en plancha, a toda la velocidad posible, hacia el único sitio que le podía proteger.

¡La mesa sobre la que estaba el muerto!

¡Al menos, aquello le defendería, incluso, de una bala!

Rodó bajo aquella mesa de mármol y madera y giró velozmente para saber quién le atacaba. Sus dedos buscaron la culata de la «Smith-Wesson».

Pero entonces ocurrió algo que no esperaba. Las luces sepulcrales de aquella sala, ¡se apagaron por completo!

Una oscuridad espesa y absorbente lo envolvió todo. Dentro de aquella oscuridad se escuchó una respiración anhelante.

Halloran ahogó una maldición.

Abrió y cerró los ojos varias veces para acostumbrarse antes a aquella oscuridad, pero fue inútil. La única cosa que podía guiarle era aquella respiración que antes estuvo a la derecha y ahora estaba a la izquierda.

A Halloran no le hubiese costado nada disparar a mansalva hacia aquel sitio, confiando en que uno de sus proyectiles hiciera blanco, pero no podía hacerlo porque necesitaba cazar vivo al, que fuese. Eso le hizo permanecer quieto, sin darse cuenta de que cometía una imprudencia mortal, porque su respiración también debía ser audible, y el que le atacaba no tenía el menor interés en que él siguiera vivo.

En efecto, la hoja de acero casi le rozó la cara. Su misterioso enemigo, sabiendo más o menos dónde estaba, le había hecho un envío para degollarle. Halloran se encogió, mientras sentía en los nervios el frío de la muerte.

Eso le hizo darse cuenta de que estaba en falso y le obligó a deslizarse fuera de la mesa. Las tinieblas le envolvieron otra vez, como una masa compacta. ¡Y en las tinieblas sólo se oía la respiración alterada, pero aquella respiración parecía llegar de todas partes a la vez!

Era como si cien enemigos le rodeasen.

Y lo peor era que el dueño del cuchillo conocía aquel lugar, mientras que Halloran... ¡tropezaba cada vez que intentaba moverse!

La sensación de angustia penetró hasta el fondo de su sangre.

Sabía que tenía una probabilidad contra diez de salir vivo de allí, porque, ahora, ni siquiera captaba la respiración de su enemigo. ¿O de su enemiga...? No le quedaba ni el recurso de disparar a mansalva.

Pensó con amargura que la situación no dejaba de ser cómica, después de todo.

¿Le harían desaparecer en uno de aquellos ataúdes de cien años de antigüedad? ¿En cuál le correspondería el honor de «ingresar»? ¿En uno que hubiese pertenecido a los parientes del conde Drácula?

¡Infiernos...! No dejaba de ser una distinción que no todos los hombres tenían... Porque casi todos los habitantes de Nueva York iban, modestamente, al crematorio, ya que en las ciudades mastodónticas no hay sitio para enterrar a los muertos. El, en

cambio, acabaría en un ataúd de lujo Pero ¿dónde? ¿En el fondo del Hudson? ¿Arrojado a alta mar? ¿O sepultado oscuramente bajo una lápida que llevase otro nombre?

Los pensamientos zumbaban en el cerebro de Halloran, aunque se daba cuenta de una sola cosa. De un modo u otro, aquello era la muerte.

De pronto, sus sentidos se tensaron.

Había vuelto a oír la respiración anhelante.

Ahora a su izquierda...

Y Halloran se lanzó entonces. No iba a vacilar más. Llevando la culata por delante, propinó dos terribles golpes de karate a aquella especie de bulto que tenía enfrente.

Eran golpes que hubieran desencuadrado a cualquiera, pero en el hombre que se movía entre la oscuridad sólo provocaron un gruñido.

El cuchillo se movió de nuevo.

Y Halloran disparó sus puños otra vez. ¡Y otra! ¡Y OTRA!

Aquel bulto que vibraba en la oscuridad se deshizo bajo la potencia de los impactos. Una marcha aún más oscura quedó en el suelo oscuro de aquella habitación.

Halloran anduvo unos pasos, procurando no tropezar con las mesas mortuorias, y pulsó el encendido de la luz. Una claridad lechosa y antipática se derramó sobre la escena.

Vio entonces al hombre.

Era de media edad, vestía de negro y tenía algo de especial, de viscoso, de repelente en sus facciones afiladas. No podía decirse, sin embargo, que fuese un hombre leo, un Individuo sucio o un sujeto patibulario. Casi al revés. Era un hombre elegante, dotado de una cierta finura, pero había en él algo que estremecía. No se sabía bien qué era.

¿Su aire de ultratumba?

¿Sus labios demasiado finos?

¿Su piel demasiado blanca, como si jamás le hubiera dado el sol?

¿O algo que Halloran estaba viendo con un estremecimiento?

¿Quizá aquellos dos dientes más afilados, que sobre salían por entre sus labios? ¿Aquellos canijos que un ser humano normal no hubiese tenido jamás?

Halloran tuvo un leve estremecimiento, pero eso no le hizo perder la serenidad. Se inclinó sobre aquel hombre al que había dejado fuera de combate y le miró la boca.

Como había supuesto al principio, los enormes caninos que sobresalían de allí eran postizos. Consistían en fundas colocadas sobre los dientes auténticos, pero el efecto resultaba estremecedor. Para hablar con la gente, aquel tipo debía hacer grandes esfuerzos a fin de que no se le viera según qué partes de la boca. ¿O quizá procuraba no salir nunca ni hablar nunca? ¿Quizá alguien hablaba por él?

De lo que no cabía duda era que aquellos dientes tenían una finalidad bien clara.

Y Halloran se estremeció de nuevo.

Todo empezaba a ligar de una manera siniestra.

Son muchos los asesinatos rituales que se dan en Nueva York, y, a veces, la prensa habla de ellos, pero en cambio, no suele hablar de algo más sutil, más misterioso, más tenebroso y también más antiguo: de los casos de vampirismo. Estos abundan mucho más de lo que el público supone, pero raramente se obtiene un diagnóstico sobre las víctimas porque éstas son «preparadas» para que sufran extraños «accidentes» que justifiquen su total falta de sangre. Los asesinos que se dedican al vampirismo suelen ser los más inteligentes y los más astutos de la inmensa fauna criminal de Nueva York.

Los dedos de Halloran temblaron un momento.

Allí tenía un caso claro de vampirismo, pero eso no era lo que le importaba más. Otra pregunta inquietante zumbaba en su cerebro: ¿y Emily qué? ¿También ella tenía que ver con eso? ¿También era..., era...?

El cerebro de Halloran se negaba a continuar funcionando. Una especie de estupor se había apoderado de él. Mientras miraba en torno suyo, ató de pies y manos al caído, para que no pudiera escapar, y se dedicó a registrar aquel extraño recinto.

Vio muebles antiguos.

Camas donde uno podía tumbarse no a dormir, sino a dictar su última voluntad.

Cuadros representando escenas saturnales.

Fotografías de viejos ataúdes.

Habitaciones donde se había detenido el tiempo. Porque la trepidante Nueva York tiene, sin embargo, rincones de hace doscientos años a los que no ha llegado la piqueta y en los que se refugian los últimos vestigios del pasado.

Las sombras flotaban allí.

Sombras de otro mundo.

Sombras de muerte.

El local era grande, mucho mayor de lo que parecía desde fuera. Ocupaba por entero una planta del edificio.

Halloran entró en la última habitación. El silencio le envolvía. Una quietud mortífera lo llenaba todo.

Y, entonces, la vio de nuevo.

Pudo ver la cama solemne.

La chica con muy poca ropa encima.

Pudo ver su sonrisa helada.

Su mueca de muerte.

Y el revólver «Magnum 45» que empuñaba en la mano derecha.

CAPÍTULO IX

UNA VIEJA Y TRANQUILA FAMILIA

Por la boca de aquel revólver le podía llegar el fin en cualquier momento, pero a Halloran le ocurrió, entonces, una cosa extraña; una cosa que seguramente no le volvería a ocurrir jamás. Y fue que no se fijó en el arma, sino en las piernas de la chica, en la boca obsesionante de la chica, en la cara inolvidable de la chica.

Las viejas leyendas aseguran que los vampiros tenían un don: el don de hechizar. Que podían hipnotizar a sus víctimas, como hacen algunas serpientes, y que eso les proporcionaba siempre su amarga victoria. Pues bien, a partir de este momento, Halloran estuvo dispuesto a jurar que eso era verdad.

Su boca se abrió con asombro.

La mirada de la chica le atravesaba.

Le taladraba.

Pero aquella mirada no le hubiese hechizado sin la intervención de algo más. Sin la presencia de aquella cintura obsesionante y casi desnuda. Sin las piernas tentadoras. Sin la boca demasiado roja.

La voz femenina sonó, entonces.

Era apenas un susurro:

—Sabía que acabarías viniendo, Halloran.

—¿Me has visto, mientras merodeaba por fuera?

—Sí.

—Pues en la tienda no había nadie...

—¡Estúpido! Hay una cámara de televisión en circuito cerrado instalada en uno de los ataúdes.

—¡Vaya...! —dijo él, queriendo mostrarse desenfadado—. Por lo

que veo, hasta los vampiros se modernizan...

La palabra no debió gustarle a la mujer, pero tampoco se inmutó demasiado. Se limitó a decir:

—Esas instalaciones se han popularizado ya mucho. Cualquier sucursal de Banco las tiene, y las de modelos ya pasados las venden a bajo precio.

—De modo que me habéis visto...

—Sí. Y sabíamos que entrarías aquí.

—¿Por qué no lo habéis impedido?

—Porque no nos interesaba hacerlo.

—¿Y por qué no os interesaba hacerlo? —preguntó él—. ¿Qué pasa? ¿Es que te gusto?

Quería mostrarse optimista, no dejarse envolver por el clima de pesadilla de aquella habitación. Y aunque se daba cuenta de que no tendría tiempo de volver a sacar la «Smith-Wesson» porque ella dispararía antes con el «Magnum», intentó no pensar en lo cerca que tenía la muerte. Incluso logró sonreír.

—No es que me gustes ni dejes de gustarme —susurró Emily Wagner—, aunque reconozco que eres un tipo atractivo. La razón principal de que no nos hayamos opuesto a tu entrada es que estabas averiguando demasiadas cosas acerca de nosotros. Y como eres un hombre que siempre trabaja solo y sin decir a nadie dónde se mete, cuando desaparezcas ninguno de tus compañeros de la brigada de Homicidios podrá seguir tu pista.

Halloran apretó los labios.

Ni maldita falta que le hacía, la verdad.

No necesitaba que ninguno de los buitres que había en la brigada viniese a su entierro.

—De modo que he empezado a saber demasiado, y pensáis eliminarme —susurró.

—Hay otra razón, Halloran.

—¿Cuál?

—Mi hermano necesita sangre.

—¿Ese tipo que está en la casa es..., es tu hermano?

—Hermanastro, para ser exactos, pero eso poco importa. Tuvimos la misma madre.

—¿Y tú también estás loca como él?

Emily le miró con extrañeza.

—¿Loca? —musitó—. ¿Por qué?

—El vampirismo es una tara mental de primer grado, y que, además, se va extendiendo. La sensación de demoníaco poder que tiene un vampiro parece que deslumbra a ciertos imbéciles aficionados a los asesinatos rituales y a las ceremonias satánicas. En este país se van creando pequeños clubs de ultratumba de donde pueden salir los asesinos locos del mañana, pero me temo que vuestro caso sea más grave. Me temo que vosotros hayáis heredado esa semilla maléfica desde el día en que nacisteis.

Ella no lo negó.

Por el contrario, parecía sentirse orgullosa de que su enfermedad viniera desde el fondo de los siglos.

Al menos eso fue lo que pensó Halloran, al ver la triunfal sonrisa de Emily. En este momento hubiera apostado su vida a que no se equivocaba, a que aquellos dos hermanos habían heredado de sus antepasados la terrible tara mental.

Y, sin embargo, jamás se había equivocado tanto. Jamás había cometido un error semejante.

Fue ella la que musitó:

—Hace veinte años, nuestra madre fue condenada por cinco asesinatos rituales en los que se había practicado vampirismo. Fue condenada a la silla eléctrica y murió en ella, pero todos se equivocaron. No era verdad.

Las cejas de Halloran se contrajeron un momento.

—¿No era verdad? —musitó.

—No. Los del jurado cometieron un terrible error que mi hermano y yo quisimos reparar mucho más tarde, realizando, de verdad, los actos por los que nuestra madre había sido condenada. Fue él quien realmente me impulsó. Fue George... Yo creo que estaba predestinado, porque su afición a la sangre crecía con las horas, hasta hacerse casi intolerable... Pero yo me habitué pronto. Matar a ciertos hombres, sin ser descubierto, concede una embriagadora sensación de poder... Saber que uno domina las más viejas leves de la muerte es una sensación que emborracha...

—¡Estás loca, Emily! ¡Loca!

Ella pareció no haberle escuchado siquiera, porque continuó:

—Quizá te preguntes quiénes fueron nuestras víctimas, Halloran. Pues bien, en nuestras víctimas hubo una implacable lógica.

Seleccionamos a los miembros, del jurado que aún vivían, o a sus hijos, en el caso de que hubieran muerto. No nos podían descubrir porque este negocio nos proporcionaba una cobertura fantástica, y porque, además, que los delitos de vampirismo, al no haber motivaciones normales, la policía en seguida pierde las pistas. Pero yo me di cuenta, también, de algo más. Sí..., algo más que me obsesionaba.

—¿Qué? —preguntó Halloran.

Su propia voz le parecía lejana y extraña.

—¿Qué? —repitió ella como un eco—. Muy sencillo: me di cuenta de que odiaba a los sádicos, a los asesinos de pobres mujeres de la calle. El hijo de uno de los miembros del jurado era uno de ellos, y creo que nunca he matado a nadie con tanto placer. Luego repetí, repetí... Siento un verdadero placer en ello. Utilizo sus métodos, sus artimañas... Y, además, caen todos porque no en vano tengo una ventaja: soy una mujer bonita...

Sí, lo era. Claro que lo era. Halloran sentía que de su piel tan fina, de sus muslos blancos y duros, de sus labios rojos, se desprendía una llamada animal, una llamada poderosa y extraña que estaba más allá de la muerte.

—¿Y las ropas antiguas que llevas a veces? —musitó él—. ¿Esas ropas que tienen doscientos años...?

—¡Hum...! Ése fue mi error. Te han servido de pista, ¿verdad? El caso es que tienen realmente más de doscientos años. Con los viejos ataúdes, hemos comprado, también, ropas antiguas, sedas, prendas íntimas que se usaron en otro tiempo... A mí me gustan. Son como el símbolo de que no tengo edad, como el símbolo de que puedo vencer a los siglos...

Halloran, sintió vértigo, pero al mismo tiempo su cerebro funcionaba con perfecta lucidez, como hubiera funcionado el cerebro de un psiquiatra. Se daba cuenta de que allí estaba una de las raíces de la locura de la herniosa mujer: su vampirismo le había dado la sensación de la inmortalidad y ya no podría prescindir de ella. Cuando fuese vieja y se estuviese pudriendo pollas podridas esquinas de Nueva York, si no la mataban antes, seguiría con la absurda sensación de que no iba a morir, de que los siglos eran suyos. Halloran sintió ante ella náusea, admiración y pena.

—¿Y si te atrapan? —murmuré—. ¿Qué pasará si llegan a

echarte el guante?

—No me pasará nada. Seré, simplemente, un caso digno de estudio. Hace veinte años las cosas podían ser distintas, pero ahora las leyes están de mi lado. Se me declarará irresponsable. Iré a un sanatorio psiquiátrico y no tendré más remedio que fingir buena conducta durante una temporada, como hacen todos los asesinos y todos los violadores de niñas que van a parar a ellos. Luego todo será muy sencillo. Un nuevo examen, una revisión del proceso y en paz.

La sensación de náusea en la garganta de Halloran se hizo casi angustiada.

Ni siquiera pensaba en lo cerca que estaba de la muerte.

—¿Sabes que otro asesino me dijo, hace poco, casi las mismas palabras? —musitó.

—¿Willard?

—Sí.

—Nadie salvará a Willard —dijo, entonces, ella, sombríamente—. Nadie te salvará a ti, sucio hijo de perra.

Y apretó el gatillo. El «Magnum» produjo un seco estampido, pero en aquel local enorme y sin apenas ventanas nadie lo debió oír. La bala silbó junto a la cabeza de Halloran.

Y si no le alcanzó, fue porque Halloran era un auténtico veterano, un diablo de los duelos a corta distancia. Porque Halloran adivinó el momento exacto en que Emily iba a disparar y se arrojó a tierra como un rayo. En una décima de segundo, ella dejó de tenerle delante de sus ojos. Y, lo que era peor, delante del cañón de su revólver.

Lanzó un grito de rabia.

Fue a disparar de nuevo.

Sus ojos desencajados miraron al vacío.

Y, entonces, la enorme cama brincó de costado y fue derribada. Una fuerza hercúlea, implacable, la empujó por debajo. El hermoso cuerpo de la mujer salió despedido, chocó contra la pared y resbaló hasta la alfombra.

Emily giró su «Magnum».

Sus dientes chirriaban, una lucecita satánica había aparecido en sus ojos.

Pero el golpe de karate propinado en su muñeca derecha hizo

que el revólver saltara y que sus huesos chirriaran, mientras sonaba un grito de dolor. Halloran volvía a estar junto a ella. Un nuevo golpe, éste en la cara, la volvió a enviar contra la pared.

Intentó revolverse.

No pudo.

Unos brazos potentes la aprisionaban por detrás. Una boca se posó, increíblemente, en su cuello.

Y ella..., jella hizo un gesto de placer!

¡Le gustaba aquello que parecía una mortal caricia!

Pero lo que le pareció más increíble ocurrió unos segundos después. Los brazos de Halloran no la soltaban, sus labios seguían fijos en su cuello. Y su voz que, de pronto, era amistosa, su voz llena de complicidades susurró:

—¿Si te dejara libre, volverías a ver a Willard?

—Pues..., pues claro que sí.

—¿Qué harías con él?

Se oyó una especie de risita.

—¿Lo dudas, Halloran? —preguntó la voz femenina.

—Quiero que me lo digas tú.

—¿No viste aquel cadáver, en la Morgue?

—¿El que recibió las caricias del alambre de espino?

—Sí.

Halloran susurró:

—Lo vi, claro que lo vi.

Y fue soltándola poco a poco.

Con suavidad, casi como una caricia.

—Emily —dijo él.

—¿Qué?

—Quiero que veas a Willard.

—¿De veras?

—Tu propio hermano puede protegerte. Lo desatarás en cuanto yo me vaya de aquí.

Hubo una especie de susurro:

—¿Y por qué, Halloran?

—Sólo digo que quiero que lo veas. Lo demás es cuestión tuya. Cuando sus restos aparezcan, nada te va a ocurrir.

Emily dijo con suavidad, casi como una plegaria:

—Gracias, Halloran.

Halloran dio media vuelta.

Se sentía cansado, infinitamente cansado. Pero no tenía miedo. Sabía que ella no iba a disparar. Sabía que, ahora, Emily era su mejor amiga.

Atravesó la sala.

Los recintos de los ataúdes.

La puerta gris.

Sobre las calles de Nueva York lloviznaba. La noche estaba sucia y turbia. La ciudad entera —ya demasiado grande— era como un enigma o una maldición.

«No tardaré en ocuparme de ella —pensó Halloran, mientras echaba a andar—. Después de todo, Emily aún puede tener redención, mientras que Willard no la tenía. Y puesto que las leyes no sirven ya para sanear esta ciudad, ¿qué puedo hacer yo? Sólo sé que hay una cosa evidente: si los locos se matan unos a otros, la ciudad queda más tranquila».

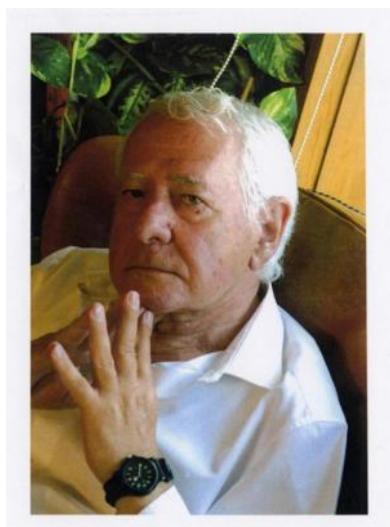
Y siguió alejándose. La fina lluvia lo llenaba todo. Empezaba a impregnar su traje, sus pensamientos.

Quizá nunca Halloran se había sentido tan triste. Sabía bien lo que era Nueva York. Sabía que se había vuelto, en ella, a la ley de la selva.

Pero había que seguir viviendo. O, al menos, procurando no morir.

Dobló la esquina como un fantasma.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Zona de Manhattan donde los borrachos son tolerados. < <